

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

SAN JOSÉ, PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Iconografía de san José en la Edad Media

Iconografía josefina en el Barroco

San José en Murillo

San Pío IX, el papa de la Inmaculada, y su devoción a san José

1968-2018: ¿Hacia una sociedad sin padre?

La infidelidad del futuro: la gran apostasía



«Providentísimo Custodio de la Sagrada Familia (...) aparta de nosotros toda mancha de error y corrupción; asístenos propicio, desde el Cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y, como en otro tiempo librasteis al Niño Jesús del inminente peligro de la vida, así ahora, defiende a la Iglesia Santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad...»





ARTÍCULOS

- 04 Iconografía de san José en la Edad Media.
Isabel Burgos
- 08 Iconografía josefina en el Barroco.
Ana M^a Ganuza Canals
- 11 San José en Murillo.
Antonio Schlatter Navarro
- 16 San Pío IX, el papa de la Inmaculada, y su devoción a san José.
Gerardo Manresa
- 18 *Decretum* de S.S. papa Pío IX proclamando a san José como patrono de la Iglesia.
- 19 «Inclytum patriarcham», carta apostólica del papa Pío IX.
- 20 1968-2018: ¿Hacia una sociedad sin padre?
Louis-Marie de Blignières
- 25 La lanzada
P. Luis de la Palma

- 27 La infidelidad del futuro: la gran apostasía.
Michael D. O'Brien

SECCIONES

- 34 **Reseñas bibliográficas**
«Serví a Lucifer sin saberlo» de Serge Abad-Gallardo.
Robert Gimeno
- 35 **Centenario de la consagración de España al Corazón de Jesús**
El padre Mateo Crawley, SS.CC, promotor del Cerro de los Ángeles (III).
José Javier Echave
- 38 **Hemos leído**
Aldobrando Vals
- 30 **Iglesia perseguida**
Los cristianos de Pakistán: pobres y perseguidos
Josué Villalón (AIN)
- 42 **Pequeñas lecciones de historia**
¿Por qué la música y la obra de Bach es diferente?
Gerardo Manresa
- 43 **Actualidad religiosa**
Javier González
- 45 **Actualidad política**
Jorge Soley
- CONTRAPORTADA
- 48 «San José patrono del Concilio Vaticano II».
Juan XXIII

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona

Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración: revista.cristiandad@gmail.com
http://www.orlandis.org

Imprime: Anebri Artes Gráficas, C.I.F. A-80083017

De la actualidad de san José

LA afirmación sobre la actualidad de san José no va exclusivamente relacionada con la celebración de su fiesta este mes de Marzo, quiere ser la reiteración gozosa de algo que ha sido ya motivo relativamente frecuente de una idea que el lector habrá encontrado en nuestras páginas en anteriores ocasiones y que en nuestros días, dadas las confusiones y ambigüedades con que se ve acosada la familia y la situación dolorosa y difícil que atraviesa la Iglesia, cobra aun mayor actualidad.

San José, «custodio» de la Sagrada Familia, nos muestra con qué amor, delicadeza y fidelidad hay que ejercer esta custodia como esposo y como padre. San José asume sin titubeos, sin miedos, con responsabilidad, aquello que Dios le ha confiado, el don más precioso: su Hijo y la madre de su Hijo. Contemplar la vida de san José tiene que ser la referencia que oriente y dé confianza a los esposos y padres en su vida cotidiana doméstica, que quizá a los ojos del mundo puede parecer poco relevante, pero es, sin duda, la tarea más importante, de mayor trascendencia que deben realizar los padres a lo largo de toda su vida: cuidar y educar a los hijos que Dios les ha confiado para que ellos también «crezcan en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres».

San Juan Pablo II en su exhortación apostólica josefina *Redemptoris Custos* hacía referencia a la actualidad eclesial de san José, especialmente cuando aparece la tentación de olvidarse de aquello que constituye lo más nuclear de nuestra fe: «Tenemos la persuasión de que, si la Iglesia de nuevo considerase al esposo de María como partícipe del misterio divino, podría ella, en camino hacia el futuro juntamente con todo el linaje humano, encontrar de nuevo continuamente su propia naturaleza en el designio redentor que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación».

Las «turbulencias» que actualmente acompañan tan frecuentemente a la vida de la Iglesia originan a su alrededor constantes noticias, rumores y «griteríos virtuales» de muy diverso carácter; también por ello el ejemplo de san José es de gran actualidad: durante su vida no fue motivo de «noticia». Nazaret es un ejemplo de silencio contemplativo y fecundo; recordemos las palabras de san Pablo VI en Nazaret: «Renazca en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente».

Las «turbulencias» que actualmente acompañan tan frecuentemente a la vida de la Iglesia originan a su alrededor constantes noticias, rumores y «griteríos virtuales» de muy diverso carácter; también por ello el ejemplo de san José es de gran actualidad: durante su vida no fue motivo de «noticia». Nazaret es un ejemplo de silencio contemplativo y fecundo; recordemos las palabras de san Pablo VI en Nazaret: «Renazca en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente».

El hombre de hoy y toda la Iglesia necesita contemplar en su corazón, para tenerlo siempre presente, aquello que contempló san José: como el amor misericordioso que Dios dispensa a todos y a cada uno tiene su origen en el seno de una familia sencilla, —la primera Iglesia— en la que se vive gozosamente la cercanía del Hijo de Dios que ha querido hacerse Hijo del hombre.

El hombre de hoy y toda la Iglesia necesita contemplar en su corazón para tenerlo siempre presente, aquello que contempló san José: como el amor misericordioso que Dios dispensa a todos y a cada uno tiene su origen en el seno de una familia sencilla.

Iconografía de san José en la Edad Media

ISABEL BURGOS ÁVILA

LA función de san José —su vocación— en la vida de Jesucristo y en la historia de la Iglesia se sintetiza en el siguiente texto de san Juan Crisóstomo que, dirigiéndose a él, le dice: «No pienses que por ser la concepción de Cristo obra del Espíritu Santo eres tú ajeno al servicio de esta divina economía. Porque si es cierto que ninguna parte tienes en la generación y la Virgen permanece intacta, sin embargo, todo lo que pertenece al oficio de padre sin atentar a la dignidad de la virginidad, todo te lo entrego a ti: ponerle nombre al hijo. Tú, en efecto, se lo pondrás. Porque, si bien no lo has engendrado tú, harás con él las veces de padre. De ahí que, empezando por la imposición del nombre, yo te uno íntimamente con el que va a nacer»¹.

De aquí se siguen dos ideas, que son las claves de la iconografía de san José. La primera, es la insistencia en la virginidad de María, que concibe por obra y gracia del Espíritu Santo sin intervención de varón (Lc 1, 26-38). La afirmación de la virginidad y maternidad de María implica la de que Jesucristo es Dios mediante la unión hipostática. Por eso, en el Concilio de Éfeso (431) María es reconocida como Madre de Dios. La segunda es la de que san José es cabeza de familia, encargado del sustento y protección de María y Jesús y con María de la educación del Niño, que crecía en sabiduría, en estatura y gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52).

Así, los evangelios de san Lucas y san Mateo

1. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Obras de san Juan Crisóstomo: homilías sobre el evangelio de san Mateo (1-45)*, BAC, Madrid, 1958. Homilía 4,12.

describen a José como un varón de la casa de David (Lc 1, 26; Mt 1, 18) que trabajaba como carpintero o en sentido más amplio como artesano (Mt 13, 55). Estaba desposado con María sin que aún se hubiera celebrado la ceremonia del matrimonio cuando supo que ella estaba encinta y decidió repudiarla en secreto, porque era un hombre justo. (Como un divorcio

secreto es imposible, el texto sólo puede interpretarse en el sentido de que decidió apartarse de una misión a la que no había sido llamado, porque era un hombre justo que sabía cuál era su sitio.) No obstante, esa misma noche se le apareció en sueños un ángel que le comunicó la función que Dios le encomendaba respecto de María y el Niño Jesús por lo que la recibió en su casa (Lc 1, 26; Mt 1, 18-25). Por eso, en los evangelios de san Marcos y san Juan se menciona que Jesús era tenido por hijo de José, el carpintero (Mc 6, 3; Jn 1, 45). Y, de un modo más preciso, la genealogía del evangelio de

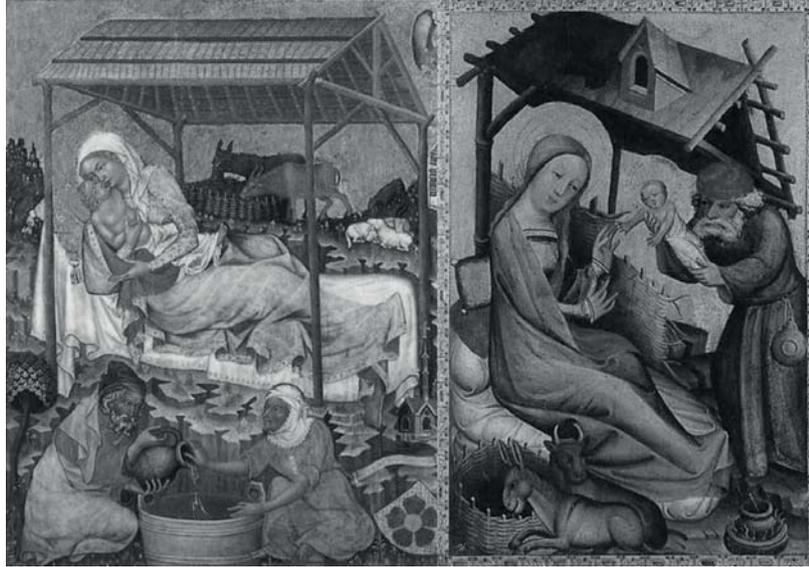


Libro de Horas de Catalina de Cleves, 1440. Escena que muestra la vida cotidiana de la Sagrada Familia. El Niño Jesús da sus primeros pasos en un andador, mientras la Virgen teje y san José trabaja la madera.

san Lucas entronca a Jesucristo por medio de José con Adán —con la humanidad— (Lc 3, 23-38) y la del evangelio de san Mateo lo hace, también por medio de José, con Abraham y David —con el pueblo de Israel y las promesas mesiánicas— (Mt 1, 1-17). A partir de esta situación inicial, en los textos se entrelazan los sueños en los que Dios se comunica con él y su obrar personal para dar respuesta a las situaciones que la vida le deparaba. Aparece en la Natividad (Lc 2, 16) y en la Circuncisión (Lc 2, 33); se le comunica en sueños la intención de Herodes de matar al Niño (Mt. 2, 19-20) y la muerte de Herodes (Mt 2, 19-23) y como consecuencia aparece también en los textos de la huida a Egipto (Mt 2, 13-14) y el regreso a Nazaret. El último episodio es el del Niño perdido y hallado

en el Templo (Mt 1, 20-21) que parece simbolizar lo que hoy llamaríamos la mayoría de edad de Jesús con asunción explícita de su propia misión.

Como consecuencia de la función auxiliar de san José, su iconografía es escasa en la Edad Media. En muchos casos se le omite. Y en otras muchas ocasiones ocupa una posición inferior en la representación, ya sea porque su tamaño es más pequeño que el de las figuras de María y el Niño (jerarquía de tamaño de las figuras), ya sea porque está en una posición secundaria (detrás de las figuras principales, en segundo plano). De aquí que con frecuencia se haya hablado de «los silencios de san José». No obstante, dentro de estos límites, tenemos representaciones muy interesantes en las que realiza una u otra de las funciones que le competen.



Natividad. Maestro de Hohenfurth, 1350 (izquierda) y maestro Bertram, 1370 (derecha). En ambas escenas san José aparece vestido con el atuendo propio del pueblo judío, sin nimbo y en un tamaño inferior al de la Virgen y el Niño. En la primera ayuda en la preparación del baño del recién nacido, en la segunda toma al Niño en brazos.

Modo de representar a san José

EN cuanto a su persona, se le suele representar con barba, no excesivamente joven, para justificar su función de custodio de María y el Niño. Y también porque al ser un elemento propio del pueblo judío, la barba simboliza su ascendencia davídica. Por esta misma razón, en la iconografía medieval era frecuente que apareciese vestido como un judío. Y como a partir del Concilio de Letrán de 1215 los judíos fueron obligados a llevar una túnica larga y un gorro puntiagudo para diferenciarlos, en ocasiones tiene esta indumentaria. En algunos casos, influida por particularidades regionales, como en Aragón donde se solía sustituir el tocado puntiagudo por una capucha.

Es habitual que le encontremos en escenas de vida de familia, ayudando a María después del parto, o cuidando al Niño, por ejemplo preparando el baño, pelando una pera que va a dar al Niño, dándole la papilla o paseando con Él.

En otras ocasiones lo encontramos realizando su

trabajo de artesano (normalmente como carpintero) junto al Niño y a María que con frecuencia está realizando otras funciones domésticas. Un atributo habitual que le acompaña son las herramientas de carpintero, aunque también pueden aparecer otras referencias a su oficio, como la madera o las virutas. Estos atributos no sólo se aplican en escenas hogareñas, sino también en otros contextos como la cueva de Belén o la huida a Egipto para indicar la función de san José en el sostén de la Sagrada Familia. Suelen aparecer hachas, mazos o martillos, pero también puede llevar una escuadra o un compás para acentuar la dignidad de su trabajo.

En otras escenas muestra su iniciativa y dirección. Así en las escenas de la Circuncisión es él quien presenta las tórtolas para el

sacrificio y en las de la huida a Egipto es él quien conduce el burro (digamos que el automóvil utilitario de la época) sobre el que va sentada María. Suele llevar un hatillo, un cántaro o una bolsa con las provisiones.

Con frecuencia se le representa meditando y con un nimbo tras de su cabeza. En el románico esta aureola circular de luz solía ser igual a la de la Virgen, aunque en ocasiones tiene otro color o no se la recubre con pan de oro. Sin embargo, en el gótico se empieza a subrayar la diferencia entre ambos y a san José se le dota de nimbos poligonales, estrellados o traslúcidos. A veces, cuando se le considera el último de los patriarcas del Antiguo Testamento y no el primer santo del Nuevo Testamento, ni siquiera lo lleva. Pero desde que Gregorio IX en 1371 y Sixto IV en 1480 instituyeron la fiesta de san José, lo habitual es encontrarlo nimbado de una forma similar a la de María.

Datos procedentes de los evangelios apócrifos

OTRA fuente de datos de la iconografía de san José en la Edad Media son los llamados evangelios apócrifos. Como es sabido, estos textos están llenos de milagrerías y fantasías; y ade-



Ilustración de Jean Poyet en el Libro de Horas de Enrique VIII, siglo xv. El Niño Jesús extiende una mano hacia una pera que le está pelando san José. Esta escena se inspira en las *Vitae Christi* medievales, que relatan como el santo solía volver del trabajo con pájaros o frutas para el Niño Jesús.

más algunos de ellos presentan una visión totalmente contraria a la que se sigue de los evangelios canónicos. No obstante, en determinados casos han influido de modo importante e incluso positivo en las tradiciones y la iconografía sobre san José.

Así sucede con el *Libro de la Natividad de María* del que se sigue el atributo más característico de José, la vara florida. Narra este texto que María había decidido consagrarse al Templo ya desde su infancia. El Sumo Sacerdote, para protegerla, convocó a varones solteros de Israel y pidió a Dios que señalase, a través de un milagro, quién de entre ellos debía desposarla respetando su virginidad. Todos los convocados dejaron su vara en el suelo y la de san José floreció, lo que se interpretó como la designación de que él era quien había recibido tal función o vocación. El *Protoevangelio* de Santiago y el *Pseudo-Mateo* tienen otra versión. Narran que el milagro que se produjo fue que de la vara salió una paloma blanca. En el arte lo más habitual es mostrar el florecimiento para establecer un paralelismo entre la elección de José y la elección



Ilustración de la Natividad en el Libro de Horas de Bezançon, 1430. San José aparece en primer plano cuidando al Niño. Su fisonomía es la de un hombre de mediana edad, no la de un anciano. Es una imagen muy expresiva, donde el santo tiene un papel protagonista. La Virgen aparece leyendo las Escrituras, es decir, rezando.

de Aarón como sumo sacerdote. Además, las flores (azucenas y lirios) se convirtieron en un símbolo de la castidad del santo. Y la vara terminó vinculándose a la huida a Egipto (ya que era un atributo propio de los peregrinos) y a la figura del Buen Pastor, que ahuyenta las fieras con su báculo. Por eso, aunque era un atributo apócrifo, pervivió tras el Concilio de Trento. En ocasiones, junto a la vara se introdujo la paloma, que no es sólo símbolo de la elección milagrosa de José, sino que también representa al Espíritu Santo y, en este sentido, nos remite a la naturaleza divina de Jesucristo y a la virginidad de María.

Una escena muy característica es la de los desposorios de José y María. En ocasiones se representa a los esposos dándose la mano para refrendar su unión (*dextrarum iunctio*). En otras ocasiones, se representa al santo entregándole un anillo a la Virgen (la pretendida reliquia del *Santo Anello* o anillo de los desposorios que se encontraba en Perugia).

Entre los milagros que narran los apócrifos podemos recoger de modo expreso el del alargamiento por Jesús de una tabla de madera, ya que la que tenía José era corta para la obra que quería realizar.

Fresco de los Desposorios de la Virgen, realizado por Giotto en la Capilla de los Scrovegni 1302. Se muestra el momento en el que san José entrega el anillo a la Virgen. Sobre la vara florida se posa una paloma blanca, uniendo ambas tradiciones.



Por otra parte, y frente a la visión negativa que los apócrifos dan en ocasiones de José, san Francisco de Asís inauguró la representación del portal de Belén en Navidad con un éxito que llega hasta nuestros días y en la que san José tiene una posición destacada, si bien este es un tema que requeriría un estudio más detallado.

La revalorización de san José continúa en las *Revelaciones celestiales* de santa Brígida de Suecia en las que se incide en la infancia de Jesús; por su parte, las órdenes religiosas vieron en él el modelo de los votos de pobreza, castidad y obediencia propios del camino de perfección; y la *devotio moderna* que desarrolló una corriente espiritual que fomentó la meditación en la vida humana de Cristo y de su madre, dio también curso a la devoción a san José. Todo ello contribuyó a ir dando importancia a los episodios de la infancia de Cristo en los que se empezó a destacar el papel que tuvo san José como protector de la Sagrada Familia.

Por último, dentro de los textos apócrifos no podemos dejar de reseñar aquí la *Historia de José el Carpintero* que recoge la tradición que lo considera

patrono de la buena muerte, pues falleció acompañado de Jesús y María. No obstante, este texto no se difundió en Europa hasta 1522 fecha a partir de la cual influyó en el arte representando al Patriarca en su lecho, acompañado por María y Jesús.

Por lo demás, el culto y la iconografía de san José cobran auténtico auge a partir de santa Teresa de Jesús y su influjo, lo que no es objeto de este trabajo.

Por nuestra parte, concluiremos este artículo recogiendo las palabras con las que el dominico Santiago de la Vorágine lo presentó en la *Leyenda Dorada*: «San José es uno de los santos más gloriosos del paraíso, a quien el Señor concedió la singular y extraordinaria gracia de darle por esposa y poner bajo su custodia a su Santísima Madre (...) no es posible que Cristo, por su propio honor, niegue nada a quien según la ley fue su padre» y, por tanto, «obremos muy acertadamente, y ojalá así lo hagamos, si nos vinculamos a él por medio de una gran devoción»².

2. Santiago DE LA VORÁGINE, *La Leyenda Dorada*, vol II, Alianza Editorial, Madrid, 2011. p. 962.

El amor a la vida oculta

«La vida oculta es muy alabada, pero muy poco seguida. José es el modelo de la vida oculta».

TORRAS I BAGES, *Obras completas*, t. II, Ed. Balmes, Barcelona 1954, p. 9-10.

Iconografía josefina en el Barroco

ANA M^a GANUZA CANALS

El arte de la Contrarreforma

FUE el papa Clemente VII quien en el siglo XVI acuñaba una medalla en la que se mostraba a Cristo atado a una columna bajo la divisa *Post multa, plurima restant*, refiriéndose a lo que estaba sufriendo y tendría todavía que sufrir la Iglesia católica. Este sentimiento de quien veía Roma saqueada por los luteranos, todo el norte de Europa perdiendo la fe en la verdadera Iglesia e incluso el sur siendo dominado por los musulmanes, fue compartido por todos aquellos católicos que veían despertarse en su interior lágrimas e impulsos de salvaguardar su fe como por ejemplo santa Teresa de Ávila que suplicaba a Dios la inspiración a los doctores que luchan «contra los que quieren condenar a Cristo por segunda vez» o a san Ignacio que, no pudiendo convencer a un compañero de la virginidad de María, estuvo a punto de utilizar el puñal que días más tarde colgaría en el monasterio de Montserrat.

Este impulso fue el que condujo a la promulgación, tan necesaria en aquel momento, de muchos de los dogmas católicos en el Concilio de Trento de entre 1545 a 1563, gracias al cual se consiguió emprender una reforma que abarcaría todos los ámbitos internos de la Iglesia. El arte no se vio ajeno a ello, por lo que en la última sesión del Concilio fue específicamente abordado. Desde entonces, la Contrarreforma devolvió la decencia al arte religioso, evitó las inconveniencias y episodios inútiles y propagó el dogma católico de modo que fuese la grandeza del Evangelio la que a través del arte hablara a las inteligencias e imaginación de los espectadores.

Este arte inmerso completamente en el espíritu religioso de su tiempo defendió ardientemente todo aquello que el protestantismo iconoclasta se empeñó en destruir. Se defendió por tanto al Papado que había sido tachado de Anticristo, a la Virgen María, muchas veces difamada, la validez de las obras humanas por la gracia santificante que negaban, el amor a la Eucaristía, que comenzaba a extenderse en el seno de la Iglesia y la

devoción a los santos, que ellos consideraban supersticiosa y no como mediadora entre los fieles y Dios según entiende el católico.

Encontramos por tanto tras el Concilio de Trento una nueva época para la Iglesia, que tras el embate del protestantismo sale fortalecida de la prueba, con una confesión más clara y precisa de su fe, con grandes deseos de reforma y expresivas manifestaciones de gozo de la vida católica que se plasmarán en la piedad, el arte y la cultura del Barroco. En España, y gracias a la reforma que anteriormente se había llevado a cabo en el siglo XVI, la hondura espiritual del pueblo católico, no exento de dificultades en una época de decadencia económica, política y social como es el siglo XVII, florecerán extraordinariamente las artes y las letras en lo que se ha denominado el Siglo de Oro español.



San José y el Niño, El Greco.
(1597-1599)

La devoción a san José

EL impulso de la devoción a los santos propagado por Trento coincidió con un auge en el orden del pensamiento de la devoción a san José que se dio

principalmente en el siglo XVI y que fue el motivo de una mayor reverencia ante el Santo, además de una gran difusión iconográfica del mismo.

A finales de la Edad Media el pensamiento empezó a interesarse por san José. En este momento destaca el teólogo y místico Juan Gerson que favoreció especialmente la exaltación de la doctrina josefina al tratar la cuestión de su matrimonio con María, siendo éste la causa principal de la verdadera naturaleza de la paternidad de José sobre Cristo como explica en sus *Consideraciones sobre el matrimonio entre María y José. En qué sentido Jesús nace de José*. Se abrió así camino para que el dominico Isolanus publicara en 1521 la que ha sido considerada la primera obra teológica sistemática sobre san José, la *Summa de donis sancti Joseph*. Esta obra, que señala el momento inicial de la expansión josefina característica

del siglo XVI llegaría incluso a argumentar en pro de la liberación del pecado original en el alma de san José desde el mismo seno de su madre en razón de la semejanza que era congruente se diera entre éste y su esposa.

Por otro lado, para el aumento del fervor y devoción hacia el Santo Patriarca hay dos autores que probablemente sean los que más claramente han contribuido con sus escritos: el primero es sin duda la santa reformadora del Carmelo, santa Teresa de Ávila, que en su *Libro de la Vida* explica así:

«Tomé por abogado y señor al glorioso san José, encomendándome mucho a él (...) No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado sin hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma, que a otros santos parecele Dios haber dado gracia para socorrer en una necesidad, pero a este glorioso santo tengo la experiencia que socorre en todas».

No es de extrañar que tales afirmaciones impulsaran fuertemente la devoción a san José, además del aumento de los niños bautizados con los nombres de José o María Josefa.

A esta santa, se le une también uno de los reformadores espirituales del siglo XVII, san Francisco de Sales que presentó en sus sermones, como el titulado *Sobre las virtudes de san José* no sólo su santidad eminente sino, por lo mismo, su ejemplaridad imitable y orientadora de la vida cristiana. Sin ellos, probablemente no se hubiese dado en la Edad Moderna, la presencia tan viva de san José en el pensamiento y en la vida católica.

Popularización de la devoción a san José

LA popularización del impulso josefino que se dio en el siglo XVI se verá reforzada en el siglo XVII. Este fue, en lo que se refiere a los predicadores españoles, el siglo de oro josefino, tanto por la cantidad de los sermones como por la calidad de éstos. Se produjo una explosión de sermones y panegíricos en los que se predicaba aquello que el pueblo vivía en su piedad no hablando, por tanto, polémicamente sino alabando, y bien ponderativamente, al Santo por sus virtudes y mostrándolo como ejemplo para el auditorio.

La piedad a san José llevó a que fuese elegido como patrono de un gran número de entidades. San José fue elegido patrono de varias naciones, entre ellas España, o de la vida contemplativa. Varias órdenes religiosas lo tomaron también como protector: franciscanos, capuchinos, la Visitación, la Compa-

ña de Jesús o la Orden del Carmen. También pasó a ser representante de los artesanos (especialmente los carpinteros) y de los pintores (que junto con el patronazgo de san Lucas buscaban elevar el rango del arte pictórico a «arte liberal»).

Otra de las labores que se ligaron al santo fue la de la caridad. San José era patrono de la buena muerte y también muchas veces del mundo hospitalario y asistencial. Hospitales, cofradías, orfanatos y escuelas ponían de relieve el papel del Patriarca como protector de los más necesitados, así como lo había sido en la tierra del Hijo de Dios.

Plasmación iconográfica

COMO siempre, el arte es muestra clara y evidente de la piedad del pueblo del que nace. Es así como el acercamiento a cómo se representaba a san José es uno de los mejores medios que tenemos para conocerla.

Como hemos visto ya, a finales de la Edad Media la defensa de la juventud de san José favorecerá una representación del santo menos anciana y también menos secundaria en las imágenes en las que aparece. Se comienza a favorecer su representación como hombre de mediana edad, con barba en el rostro, símbolo de madurez, físicamente bello, buscando su similitud con la imagen de Cristo, con los atuendos hebreos, estableciendo su relación con José de Egipto y con el nimbo como elemento de su santidad, progresivamente ensalzada.

Todo esto alcanzará sin embargo su afianzamiento y difusión a partir de Trento. Es entonces cuando surgen ya las nuevas iconografías josefinas en las que podemos encontrar al santo exento o principalmente a san José con el Niño.

De entre estas últimas, cabe apuntar dos tipologías esenciales que son la de san José itinerante y san José con el Niño en brazos.

Sobre la primera, cabe decir que fue una aportación de El Greco quien la inaugura con su «San José con el Niño» realizado para la Capilla de San José o Capilla de los Capellanes de Toledo a finales del siglo XVI. Esta representación «cristófora» de san José con el Niño fue a partir de entonces ampliamente difundida entre los pintores barrocos españoles. Otro ejemplo podemos encontrarlo en «San José y el Niño Jesús» de José de Ribera.

Por otro lado, la iconografía josefina que presenta al Niño en brazos tiene una relación directa con la representación de la caridad, según se afirmaba en un libro de cabecera de muchos artistas, la *Iconología* de Cesare Ripa. En éste se dice que la caridad era representada como «una mujer vestida con traje rojo, que sostiene con su diestra un corazón ardiente, mientras con la



Las dos Trinidades, Murillo (1670-1680)

siniestra un niño en brazos». También sigue la estela artística de la representación mariana de la *Theotokos* o la *Eleusa* «Virgen de la Ternura». Hay además una referencia al sacerdote en dichas imágenes, debido tanto al paño que éstos utilizan para la solemnidad del Corpus como al pañal del Niño que puede recordar al mantel del altar o incluso a la mortaja, conjugando la idea del santo como mártir y sacerdote. Son claras las esculturas de Alonso Cano en este respecto.

El aspecto sacrificial del Niño Jesús también quedará plasmado en una de las tipologías en las que destaca principalmente Murillo como creador y popularizador de la misma. Se trata de la imagen en la que se muestra a san José con el Niño Jesús en brazos, pero sobre una especie de peana en la que se anuncia la inmolación del Cordero. Fue tanta la influencia que llegó a ejercer este artista que incluso Gaudí recurriría a esta iconografía a la hora de presentar a san José con su hijo en la fachada de la Sagrada Familia.

Como es de suponer, no desaparecen tampoco las imágenes en que la representación de la vida de san José corre paralela a la de la vida de María; es el caso de las temáticas de los desposorios, el Anuncio del Ángel, la Natividad, la Epifanía, la Presentación, la huida a Egipto o la del Niño perdido en el Templo. Entre ellas destaca principalmente la de la Sagrada Familia que, aunque ya venía presentándose desde los siglos anteriores, es en esta época del Barroco cuando alcanza unos nuevos tintes, menos ingenuos que en la Edad Media y presentando la realidad de la familia como más humilde, pobre y sumisa a la ley del trabajo, amoldándose a un cristianismo más solemne del siglo XVII.

Cabe mencionar, además, el nacimiento de una iconografía que solemniza y eleva esta temática de la «Familia del carpintero». Es la de «Las dos Trinidades». En ella se muestra al Niño con cinco o seis años, en medio de la Virgen y de san José, comúnmente de su mano, y con la representación de la paloma del Espíritu Santo y el rostro de Dios que nos muestra por tanto la imagen de la Trinidad divina hecha visible a los ojos de los hombres por la Trinidad terrena.

Con ello, se pone de relieve algo que dijo santa Teresita cuando afirmó que se imagina una Sagrada Familia, «del todo corriente»; «Si no ¿por qué no fueron llevados milagrosamente a Egipto, cosa tan fácil para Dios? ¡En un abrir y cerrar de ojos hubieran estado allí! Pues no; es que su vida fue en todo como la nuestra. ¡Cuántas injurias no se dirían al bendito san José! ¡Qué extrañeza no causaría la revelación de cuanto sufrieron!» y el padre Ramière sostuvo que «La devoción a san José era un consuelo para nuestra piedad y un estímulo para nuestro celo. Si fue apóstol cepillando tablas ¿quién podrá creerse excluido del apostolado? Si por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la salvación de las almas, ¿Quién tendrá derecho a oponernos la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra?».

Si España no ha corrido la misma desgraciada suerte que otras naciones en punto a su fe y cristianas costumbres; si, aunque muy trabajada por las corrientes generales de la época, conserva aún relativamente la pureza de ortodoxia y no pequeño fermento de virtudes, que en otro tiempo tanto la enaltecieron, débese en gran parte a haberse distinguido por su devoción a san José. Nuestro Siglo de Oro, el siglo XVI, coincide con ser el de mayor propagación y exaltación en nuestra patria del culto al santo Patriarca.

Enrique REIG Y CASANOVA, carta pastoral en el cincuentenario del patrocinio de san José sobre la Iglesia, 1920.

San José en Murillo

Este artículo fue escrito por Antonio Schlatter Navarro y publicado el 17 de marzo de 2018 en almudi.org

ME gustaría que lo que ahora comentaremos sirviera en primer lugar para que a través de Murillo podamos tener una visión más cabal, más real, del santo Patriarca.

Pero también quería —por qué no confesarlo— que se tratara de un pequeño homenaje a quien supo con sus pinturas poner el Cielo tan cerca de nosotros; y purificar así el realismo cristiano de ese hombre que fue Murillo de tantas visiones espúreas que entonces y ahora se siguen dando sobre su figura.

Se han cumplido 400 años del nacimiento de Bartolomé Esteban Murillo (Sevilla 1617-1682). Efemérides tan importante está siendo celebrada, especialmente en su ciudad natal,

con toda una serie de exposiciones y un variado arco de actividades culturales que engloban el Año Murillo. Pero Murillo, además de un artista extraordinario, fue un cristiano de fe profunda. Diego Angulo, tal vez quien más y mejor lo ha estudiado, afirmaba que Murillo necesitaba ser comprendido «desde una fe encarnada». Si como artista Murillo supo estar a la altura de los grandes maestros de aquel tiempo y en muchos aspectos los superó, como cristiano supo responder al espíritu que necesitaban tiempos tan convulsos como los suyos en todos los campos, también en el plano espiritual. Su fe auténtica se reflejaba en sus obras con tal naturalidad que se entiende perfectamente cómo durante cuatro siglos han servido de alimento para la piedad de tantas generaciones de cristianos.

Adelantándose cuatro siglos a esa misión providencial, las obras de Murillo, antes incluso que obras geniales, se pueden considerar verdaderos «lugares teológicos»; obras que llenaron de luz y esperanza las almas de sus contemporáneos, pero que siguen jugando un papel trascendental en nuestros días como vehículos de la fe cristiana. Murillo se sitúa en las antípodas del esteticismo vacío, pues sus pinturas tienen el fin catequético imperante en su tiempo, pero llevado al zénit de la expresividad y la empatía. Si su fe le ayudó

a poder plasmar en los lienzos lo que de verdad creía, su capacidad artística logró que esa fe fuera más visible y cercana. En uno de los dos autorretratos suyos que conservamos, el que se hizo pocos años antes de fallecer, se nota cómo mantiene ese espíritu decidido, joven, soñador; propio de un hombre de fe que sigue mirando adelante con esperanza.



Grabado de Richard Collin sobre autorretrato de Bartolomé Esteban Murillo (1682)

Esa visibilidad de la fe que acabamos de mencionar, resulta indispensable para un alma católica como la de Murillo, pero mucho más en aquella época en que debió enfrentarse contra la corriente iconoclasta surgida tras la Reforma y que se había extendido con gran rapidez. Es ahí donde entra de lleno el tema

que ahora queremos tratar: la figura de san José. Es

muy llamativo el cariño y el aprecio que Murillo tiene a san José. Es cierto que a partir de Trento, y con la ayuda de santos como santa Teresa, que tanta devoción tenía por el santo Patriarca, la devoción a san José se extendió mucho en el orbe católico. Pero Murillo le tuvo siempre predilección.

Ambos amaron mucho a la Virgen

Yes lógico si pensamos que la vida de Murillo y la de san José tuvieron mucho en común: ambos amaron y mucho a la Virgen, y en especial, su pureza inmaculada; ambos la cuidaron y sirvieron con todas sus capacidades; ambos también —antes incluso— supieron mostrar un deseo sincero de que Cristo fuera el centro de sus familias y el motivo de su existencia; y mostraron ser, en su vida y sus virtudes, personas dispuestas a servir a Dios y a las almas a través de un trabajo hecho lo mejor posible. Artista y artesano, de Sevilla o Nazareth, se intercambiaron miles de miradas cómplices. El resultado fue un diálogo amoroso plasmado en colores vivos y escenas conmovedoras en los que Murillo con sus pinceles y

san José con sus instrumentos de carpintero pusieron sus manos a disposición de Dios, y Dios puso en sus manos ni más ni menos que la misión de velar por su divino Hijo. Velar del sueño (de los sueños) de Jesús, trabajando en sus talleres (de pintura o de maderas) o en sus hogares en medio de la vida cotidiana (Murillo con su mujer Beatriz y sus nueve hijos, José con María y Jesús). Mientras, Jesús puede descansar en él, y así lo pinta Murillo, como vemos en ese detalle de una huida a Egipto.

La figura del santo Patriarca es pintada por Murillo siempre teniendo como centro la luz que recibe de Dios, que será el centro de su vida y por tanto de las pinturas de Murillo. Al mismo tiempo, san José vive

Ambos amaron y mucho a la Virgen, y en especial, su pureza inmaculada; ambos la cuidaron y sirvieron con todas sus capacidades; ambos también —antes incluso— supieron mostrar un deseo sincero de que Cristo fuera el centro de sus familias y el motivo de su existencia.

rodeado de un ambiente y una luz sencilla y familiar, de trabajo y vida cotidiana, en un hogar luminoso y alegre. Son las sombras de la Tierra que marcan el claroscuro que domina el estilo de Murillo. En esos ambientes que crea el artista sevillano con genialidad, la figura de san José muestra todo un repertorio de virtudes, de las que destacaremos apenas tres: su delicada fortaleza, su juventud casta, y su lealtad a la vocación y misión que Dios le había encomendado. Todo ello trataremos de ilustrarlo brevemente a través de sus cuadros, como un boceto de pinceladas sueltas.

Cristocentrismo: el valor sobrenatural de la existencia de san José

PARA ilustrar la centralidad de Jesús en la vida de san José quería fijarme ahora en sus cuadros sobre la adoración de los pastores, tanto las que pintó en su primera época (la del Ermitage y la del Museo del Prado) como en concreto la que pintó para la serie del convento de los capuchinos de Sevilla (hoy en el Museo provincial), de época más tardía (de 1668 se piensa). En ellas —en esta última de un modo más patente— se nota que la luz procedente del Cielo se refleja en Jesús, y de ahí ilumina todo lo demás. Más que del Cielo, parece que la luz procede del propio Niño Jesús.

Como en muchos de sus cuadros, en este se ve un rompimiento de luz del Cielo. Junto a ese signo de la

presencia celestial, la luz que penetra desde fuera en oblicuo por la izquierda, es la que ordena el cuadro — algo propio del Barroco— pero sólo avanza lo suficiente para iluminar el extremo interior del grupo y para producir el contraluz en los pastores del primer plano. Logra darle al cuadro un fuerte sabor de villancico: el pastor que apoyándose en el cordero boquinegro expresa su desbordante amor al recién nacido acompañado por el muchacho con una paloma que aletea en sus manos mientras eleva la mirada para hablar a la joven del canasto en la que culmina el grupo y que pone una nota femenina juvenil. ¿Y san José? Como en las otras adoraciones, san José se muestra apenas, apoyado en su cayado, mirando abobado a su hijo. La

luz procede del recién nacido (como si de hecho procediera de Él, decimos) y llena el rostro de María, mientras que el de José queda casi en penumbra, en ese segundo plano. Esa luz que procede de Cristo es la que llenará la vida de José en todos los cuadros de Murillo.

Pero también se puede apreciar bien la centralidad de Cristo en la vida de san José en las denominadas *Dos Trinitades*. Se trata de una preciosa imagen de la dinámica celestial que caló hondo

en el imaginario colectivo del pueblo de Sevilla y del mundo entero: la Trinidad de la Tierra (Jesús, María y José) como modelo de la Santísima Trinidad. Entre los primeros cuadros suyos que conservamos ya se haya un cuadro de este tipo, inspirándose en las que habían pintado Martínez Montañés o Alonso Cano, autores que tanto influyeron en Murillo.

Hogar luminoso y alegre

JUNTO a la luz que procede de la centralidad de Cristo, san José recibe la luz propia del calor de hogar que caldeaba e iluminaba a la Sagrada Familia de Nazareth. Murillo pinta muchas veces escenas de esa Familia, con frecuencia unida a la presencia de san Juanito (san Juan Bautista niño).

Como ocurre en todas sus composiciones, en sus primeras obras los personajes poseen un monumentalismo que se irá dinamizando con el paso del tiempo. Poco a poco las escenas de familia que Murillo pinta ofrecen mayor ternura y vivacidad. Las primeras Sagradas Familias que pinta Murillo, además de esa menor naturalidad, se caracterizan por su verticalidad y porque en casi todas ellas el tema principal es el Niño buscando los brazos de su Madre. En todas ellas san José aparece claramente con sus instrumentos de trabajo, igual que la Virgen se encuentra trabajando con la ayuda de un típico costurero.

Sin embargo, el mayor logro de Murillo, por lo que

hace referencia a este tipo de iconografía, se encuentra quizá en la famosísima *Sagrada Familia del pajarito*, así llamada por el pajarito que lleva el Niño Jesús agarrado de su mano (según parece, el carmelita Graciano de la Madre de Dios en el libro que pocos años antes había escrito sobre san José contaba que éste no salió nunca de su casa sin comprar a la vuelta bien pájaros bien manzanas para Jesús; de esa leyenda lo tomaría probablemente Murillo).

Se trata en este caso además de su primer cuadro verdaderamente popular. En un ambiente de recogimiento y laboriosidad familiar, destaca la gracia infantil y la nota sentimental del amor de los padres viendo al Niño que juega con el perrillo. Es ahora cuando por primera vez aborda el tema de la alegría infantil en la vida diaria, y del juego. Temas que serán una constante de Murillo en todas sus obras profanas y costumbristas.

Frente al rostro de María —que se nota ha perdido parte de su belleza y naturalidad por todos los retoques que sufrió— el movimiento de las tres figuras de José, el Niño y el perrillo crean una atmósfera llena de ternura. La Virgen María devanando una madeja de hilo observa como el Niño Jesús juega, apoyado en San José, quien se podría considerar el verdadero protagonista de la escena.

La composición del cuadro, aparentemente intrascendente, encierra un canto a la vida doméstica, a la familia y al trabajo, que está simbolizado por medio del banco de carpintero de san José y del costurero de la Virgen. La iluminación de la composición, en fuertes claroscuros, ayuda a llenar la escena de verosimilitud. El perro ayuda mucho a esa sensación de realismo cotidiano (por cierto, ese mismo perrito aparecerá hasta tres veces más en cuadros del artista; se interpreta que pertenecía al propio Murillo, quien solía emplear para

sus cuadros modelos reales de su propia vida también en el caso de animales o naturalezas muertas). Como tantas veces ocurre con los cuadros de Murillo, si no supiéramos que se trata de la Sagrada Familia, podría pasar por una escena diaria más de cualquier hogar de familia de Sevilla.

Hemos de recordar que Murillo, antes que cuadros, pintaba atmósferas, y en todas las obras en las que aparece José se ve claro que el Niño Jesús era el centro de la pintura (incluso cuando parece ser san José el protagonista, como en este caso de esta Sagrada Familia del pajarito), del mismo modo que en todos ellos el ambiente que produce la presencia de san José es de atmósfera familiar, de paz e intimidad.

Fortaleza, juventud, lealtad

GRAN dominador del color, Murillo usa siempre para san José al menos tres texturas para describir su personalidad: la fortaleza de un padre que no es meloso ni dulzón pero sí muy tierno y delicado (¡cuántas veces viene repitiendo el papa Francisco que la ternura es una de las grandes virtudes de los fuertes!); la juventud como señal de castidad y corazón enamorado, de Dios y de la Virgen; y la lealtad de quien sabe responder siempre que sí a las llamadas del Espíritu Santo con la seguridad de que «Dios añadirá», sabiendo soñar con lo que Dios propone a pesar de los riesgos que comporte. Veámoslo de nuevo con otros tres ejemplos de pinturas de Murillo.

a) Fortaleza

Tras la serie de cuadros que pintó para el claustro chico del convento de san Francisco, y que fue la obra

Imitemos a la Sagrada Familia

«Por José somos conducidos directamente a María, y mediante María a la fuente de toda santidad, Jesús, que con su trato consagró en José y María las virtudes domésticas. Hacia estos tan grandes ejemplos de virtudes mucho deseamos se vuelvan las familias cristianas, conformándose a ellas. Así (...) protegida en su castidad y fe, una nueva fortaleza y como una nueva sangre se difundirá por todos los miembros de la sociedad humana, corriendo a todas partes la virtud de Cristo; no sólo se seguirá la enmienda de las costumbres privadas, sino también de la vida común y de la disciplina civil».

Isidoro DE ISOLANO, O.P. «*Suma de los dones de san José*»;
Bonifacio LLAMERA, *Teología de san José*, BAC, 1953, p. 69.

que le dio fama y renombre en Sevilla, Murillo pintó dos cuadros de la huida a Egipto (luego pintaría al menos cinco más de esa iconografía). Esas obras se encuentran actualmente en los museos de arte de Génova y Detroit. En las dos, por tratarse de obras tempranas, sigue notándose aún que Murillo depende mucho en su estilo de autores como Zurbarán o de su maestro Juan del Castillo, pero ya muestra gran dominio del naturalismo, característica esencial de su estilo. A pesar del paralelismo de estas dos obras, muestran diferencias que pueden servir para describir a san José.

En ambos casos, siguiendo la costumbre de entonces —por ese naturalismo del que hemos hablado— Murillo viste a sus personajes de ropajes propios de su condición, pero del tiempo del propio Murillo: salvo la saya y el manto de san José, el resto es ropaje y complementos propios de la gente del campo del siglo xvii. En los dos casos también, y a pesar de la querencia del pintor por los ángeles, no hay aún (luego será un elemento propio de esa iconografía) criaturas angélicas que les acompañen en el camino, haciendo de la escena —como a él le gustaba— una verdadera escena normal de un matrimonio y su hijo que van de camino.

A partir de ahí, la diferencia entre ambas obras radica sobre todo en la actitud de san José en uno y en otro cuadro. En el caso de la huida de Génova san José muestra una mirada al Cielo rebosante de fe y confianza en la divina Providencia. Se trata de un hombre contemplativo y obediente, un instrumento de la voluntad divina que «sólo» sirve para que se cumplan los planes de Dios, y para cuidar de esas criaturas que se miran con tanto cariño montadas sobre el ronzal. En la de Detroit sin embargo, la actitud de san José es muy diferente. El santo Patriarca empuña el ronzal para evitar el tropiezo y la caída del asno, con fuerza. Al mismo tiempo, su expresión no tiene ya ese candor contemplativo, sino muy enérgico: un padre que se muestra verdaderamente preocupado por la futura vida que les espera en tierras extrañas. Además, dando muestras de que sabe estar en las cosas de la tierra para sacar adelante a su familia, Murillo muestra con claridad que José era carpintero, con sus instrumentos de trabajo en el cesto de palma, dispuesto a enfrentarse valientemente con su porvenir.

b) Juventud

Aunque ya lo mencionamos de pasada, la figura de san José siempre es pintada por Murillo en plena juventud o madurez; nunca como una persona mayor. A pesar de esa tendencia que a veces se ha dado de pintar a un José anciano, para destacar de ese modo la pureza de la Virgen u otras virtudes más propias de esa etapa de la vida, Murillo sabe que la juventud y la castidad, lejos de estar reñidas, van especialmente unidas en aquellas personas que viven real y

totalmente enamoradas. Por eso no tiene reparo en mostrar esto, y en grado máximo, con el modelo de san José.

Pienso que en el caso de Murillo esta relación entre la juventud y la castidad es muy importante. Nadie como él ha pintado a la Inmaculada. Y siempre lo hizo de una gran belleza física y siguiendo los cánones de la época (Francisco Pacheco, en su tratado sobre la pintura, había dejado dicho que las Inmaculadas debían tener 12 o 13 años; y Murillo tiene varias Inmaculadas niñas. Y siempre son mujeres bellas y jóvenes). Murillo, hombre de mirada limpia y corazón católico, comprendía perfectamente que la gracia da juventud, y que esa misma gracia es la que obra en las almas el milagro de la pureza.

Siguiendo la estela de la representación de la Virgen, José para Murillo, siempre fue joven y apuesto. Así lo pintó siempre, como hemos visto hasta ahora, en las escenas de familia, con Jesús y María. También cuando en bastantes ocasiones ha de ser san José —a veces con el Niño— el único personaje, a modo de retrato del santo. Murillo realizó a lo largo de su carrera distintas versiones de san José con el Niño, un tema de gran demanda entre su clientela sevillana a lo largo del siglo xvii. Un ejemplo es el san José con el Niño que se encuentra actualmente en el Museo de Bellas Artes de Sevilla (1665-6), una obra de madurez de Murillo, cuando ya ha alcanzado su máxima expresividad, con formas muy suaves y amables. El maestro sevillano retrata a un hombre joven que cuida de su hijo pequeño con el esmero de un padre solícito, mientras que el hijo inclinado hacia el pecho del santo nos dice con mucha fuerza que se siente seguro con un padre como él, que tiene suerte, y vuelca todo su afecto en el gesto y la mirada.

c) Lealtad

Hemos dejado para el final este rasgo de san José, no tanto porque sea el más importante —todos lo son— sino porque pienso que reúne a todos ellos y los orienta. Para san José su única preocupación era la de cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios. Y en ese objetivo aplicó su prudencia, su obediencia, su humildad, su vida contemplativa... Como se lee en el Evangelio, de un modo tan gráfico, ese seguimiento de José a lo que Dios le pida tiene lugar hasta en sueños (y por varias veces). El corazón de José siempre estaba vigilante.

Por eso he querido terminar este espiguelo por la obra de Murillo sobre san José precisamente con un dibujo que hizo sobre *El sueño de san José* (pertenecía a uno de sus hijos, Gaspar Esteban Murillo; ahora en el Museo del Prado). Artísticamente la obra subraya el contraste entre el ángel y san José, que se

produce a varios niveles, y da como resultado una escena atractiva y eficaz. El cuerpo inerte del santo, casi horizontal, se resuelve mediante un valiente es-corzo, lo que se opone a la verticalidad, vitalidad y garbo del ángel (recuerda su famosa obra *El sueño del patricio*; en ese caso el ángel es sustituido por la imagen de la Virgen que se aparece al noble que duerme junto a su esposa). Igualmente, la madurez, la rudeza y la discreta indumentaria del esposo de la Virgen contrasta vivamente con la juventud, gracia y vitalidad de la criatura celestial. Se trata de un contraste muy normal en los artistas de la época, sólo que Murillo ha logrado un equilibrio entre lo celestial y lo terreno que los demás no consiguen.

Queremos destacar aquí cómo Murillo nos mues-tra a José en un sueño casi antinatural, febril, pues ni siquiera yace. Un sueño muy próximo a la consciencia, que hace que el que «sueña» vea que aquellos pensamientos no brotan de su imagi-nación, sino que son comunicados por ese ángel que no sólo le aclara el misterio que le preocupa, sino que le alien-ta para que no tenga miedo a ejercer su paternidad y a acometer el mandato divino.

Ante un sueño así, José toma plena conciencia de lo que debe hacer: aceptar a su mujer, y cuidar de ese Niño que se llamará Jesús. Todo res-ponde, pues, a un programa divino. Esa misma acti-tud, no ya sólo en sueños sino en todas las escenas de su vida, es la que lleva a José a mostrarse como se muestra siempre: decidido, dinámico, valiente, responsable... y paternal en todo el sentido de esa palabra.

Conclusión

TERMINAMOS ya ese rápido espiguelo por cua-dros de Murillo en torno a la figura de san José. Sin duda podíamos haber elegido otras obras a la hora de destacar uno u otro aspecto, pero es bonito precisamente descubrir la sobrenatural unidad de vida de José que Murillo acaba descri-biéndonos en el conjunto de su obra. En san José todo era verdad, y toda su vida poseyó una impres-ionante unidad por fuera y por dentro. Pensamos que en Murillo también. Esa «fe encarnada» que poseía Murillo, de la que hablábamos al principio (su vida fue la de un cristiano auténtico), hace que Murillo pueda comprender connaturalmente a san José y le resulte fácil mostrar la cara más real del custodio de Jesús y María.

Ojalá hayan servido para conocer mejor a Muri-lló y, con su ayuda, al esposo de María. Nos hemos detenido en dos rasgos más generales y relevantes: la centralidad de Cristo en la vida de san José, que nos habla del valor sobrenatural de su existencia, y la importancia de la vida oculta y sencilla del santo. En esos contextos, entre las virtudes que tenía san José —que eran todas— hemos destacado tres en las que Murillo parece fijarse más: la fortaleza vestida siempre de gran ternura, la juventud del amor ma-nifestada en un hombre diligente, y la lealtad ante lo que Dios va pidiéndole en cada momento como orientación de vida.

¿Con qué nos quedaríamos? Pienso que funda-mentalmente con dos cosas. En primer lugar con ese deseo de san José de hacer siempre y en todo la voluntad de Dios, de cumplir del mejor modo la mi-sión que se le había encomendado: «Para san José,

En san José todo era verdad, y toda su vida poseyó una impresionante unidad por fuera y por dentro. Pensamos que en Murillo también.

la vida de Jesús fue un continuo descubrimiento de la propia vocación».

En segundo lugar, ya que el nombre de José sig-nifica «Dios añadirá», nos quedaríamos por un lado con su confianza en Dios, con la esperanza hecha vida. Pero en realidad, ese fue también el mensaje de Murillo para aquella época tan desesperanzada en la que vivió (lacrmas terribles de peste, fracasos militares constantes, malas cosechas, declive del comercio de Indias, crisis religiosa, etc.). Murillo fue el pintor de la esperanza y la sonrisa, de la re-volución de la ternura, de la alegría de la infancia, del triunfo de la gracia sobre el pecado, de la cari-dad a través de las obras de misericordia. Mensajes trascendentales entonces, y tal vez más en nuestros días. No sólo fue el pintor de la Inmaculada. Rodeó a la Inmaculada en el Cielo de ángeles que parecían niños y en la Tierra de niños que parecían criaturas angelicales, le hizo un Cielo a la medida de su con-dición de Hija predilecta de Dios y una atmósfera en la Tierra a la medida de su maternidad universal, y le pintó un esposo que supiera custodiar y cuidar tanto tesoro haciendo de san José un espejo sosteni-do por un angelote donde ella pudiera mirarse y al que nosotros pudiéramos imitar con la esperanza de que... ¡Dios añadirá!

San Pío IX, el papa de la Inmaculada, y su devoción a san José

GERARDO MANRESA

Una anécdota sobre la devoción de Pío IX a san José

FRANCISCO Podesti (1801-1895) fue el pintor italiano encargado por el papa Pío IX de la decoración de una sala del Vaticano con frescos sobre el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado el 8 de diciembre de 1854. Dice Rafael Rey en su libro *La llena de gracia* que en la sala donde está ubicada esta pintura al fresco está, en la parte superior, la iglesia de los Bienaventurados, destacándose la Trinidad acompañada por gran cantidad de ángeles y, en la parte inferior, está la Iglesia militante presidida por Pío IX, con semblante bañado por un rayo de luz que desciende de lo alto y, en el cielo azul aparece María Inmaculada, acompañada por san José, sobre los ángeles y los santos, como lo exige su dignidad. Cuando Podesti presentó el esbozo del fresco al papa Pío IX para recibir su aprobación, éste le preguntó dónde pensaba colocar a san José. El pintor le indicó que lo colocaría entre un rebaño de nubes un poco oculto. «No, no —le dijo el Papa— no es ese el lugar que le corresponde. En el Cielo debe estar en el mismo puesto que Dios le dio en la tierra: junto a su esposa María y a su Hijo». Y el Papa añadió: «Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre». Pío IX tenía la misma idea que santa Teresita de Lisieux sobre la Sagrada Familia cuando decía que siempre que pensaba en la Virgen María le aparecía a su lado san José.

Era una respuesta digna de un papa que tenía una gran devoción a san José y sabía lo que representaba san José como defensor de la Iglesia en unos momentos de graves problemas, pues pocos años antes, entre noviembre de 1848 y abril de 1850, el mismo Pío IX estuvo expulsado de Roma por las fuerzas revolucionarias y teniendo que residir en Gaeta.

Siempre fue gran devoto de san José y expresión de su devoción temprana a san José es la Novena que predicó en su honor y alabanza en la iglesia de San Ignacio de Roma en 1823 a sus 26 años, en la que cada día derrama gozoso su amor y devoción al Santo y su valoración altísima de sus sublimes virtudes y privilegios, y pienso que si le encargaron la predicación de la Novena es porque sabían de su devoción al glorioso Patriarca.

Declara a san José patrono de la Iglesia

UN año después de ser elegido papa, el 1 de septiembre de 1847 publicó un decreto: *In-clytus Patriarca Joseph*, en el que extiende la fiesta de san José a toda la Iglesia y, años más tarde, confesará:

«Y Nos mismo, desde que, por juicio impenetrable de Dios, fuimos elevados a la Suprema Sede de Pedro, movidos, ya por los ejemplos de nuestros ilustres predecesores, ya por la devoción particular al Santo Patriarca, que desde nuestra niñez nos ha animado, con placer de nuestra alma, por decreto de 10 de septiembre de 1847, hemos extendido a la Iglesia universal, con rito doble de segunda clase, la fiesta del Patrocinio, que ya se celebraba en muchas partes, por indulto particular de la Santa Sede».

Esta fiesta de san José se situó el domingo tercero después de Pascua.

En otra alocución de 1862 abogaba por que los pilares de la Iglesia naciente, que son Jesús, María y José, volviesen a tomar el puesto que nunca deberían haber perdido.

«María y José han salido del corazón de los hombres y hasta que no vuelvan a retomar el poder que en ellos ejercían, el mundo no se salvará. Pero yo espero seguro para los años venideros que san José sea mejor conocido, más amado y más honrado. ¡Él nos salvará!».

Tras el tiempo que estuvo expulsado de Roma, el papa fue penetrando y confirmando más intensamente la importancia que san José debía tener como protector de la Iglesia y conocía también como a lo largo de los años en el pueblo fiel había ido creciendo la devoción al esposo de María y padre de Jesús.

Un año antes del Vaticano I, el papa Pío IX confesaba que ya había recibido personalmente más de quinientas cartas de los obispos del mundo entero y de los fieles de todos los países pidiendo que se reconociese oficialmente a san José como patrono de la Iglesia pues toda la Iglesia era consciente de la necesidad de un santo protector. Este estado de precaución general existía en la Iglesia de forma que cuando convocó el Concilio Vaticano I, en los años 1869-1870, entre las

primeras postulas que presentaron ciento cincuenta y tres obispos, fue para incrementar el culto a san José, de forma que ocupase un lugar más preeminente en la sagrada liturgia; entre estas firmas estaba, también, la de Joaquín Pecci, el futuro León XIII. También otra postula, fue presentada por cuarenta y tres superiores de órdenes religiosas solicitando la proclamación de san José como Patrono de la Iglesia universal. El papa Pío IX acogió estas solicitudes con gran alegría, pues colmaba también sus deseos y desvelos.

El Papa creía, como la mayor parte de pueblo fiel, que san José era el esposo de María y no podía separarse de ella. Ya en 1854, en la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, en una devota y brillante alocución, había señalado a José como la más segura esperanza de la Iglesia, después de la Santísima Virgen. Así el 8 de diciembre de 1870, un mes y medio después de haberse interrumpido bruscamente el Concilio Vaticano I por la invasión de Roma por las tropas revolucionarias italianas, el Papa aprovechó la feliz coincidencia de la fiesta de la Inmaculada para proclamar más solemne y oficialmente a san José como patrono de la Iglesia universal, mediante el decreto *Quemadmodum Deus* y elevar la fiesta del 19 de marzo al rito doble de primera clase, mediante el breve *Inclytum Patriarcham*, de 7 de julio de 1871.

De José no hay palabra suya en la Sagrada Escritura. Mardoqueo, que hizo florecer a Ester a su sombra, es uno de los precursores del Santo. Abraham, padre de Isaac, representa también al padre putativo de Jesús. José, hijo de Jacob, es la imagen más expresiva de José y así lo expone el papa Pío IX en su decreto *Quemadmodum Deus*. Este primer José fue en Egipto el guardador del pan natural. El segundo José fue en Egipto el guardador del pan sobrenatural. Ambos fueron los hombres del misterio: el sueño les dijo sus secretos. Ambos fueron instruidos en sueños y ambos adivinaron las cosas ocultas. Asomados al abismo, sus ojos veían a través de las tinieblas. Viajeros nocturnos descubrieron sus caminos a través de los misterios de la sombra. El primer José vio el sol y la luna posternados ante él. El segundo José mandaba a María y a Jesús: María y Jesús le obedecían. ¡Qué abismo interior debió habitar el hombre que sentía a Jesús y a María obedecerle, el hombre a quien tales misterios fueron familiares, a quien el silencio revelaba la profundidad del secreto que guardaba! Cuando

veía al Niño trabajar a sus órdenes, sus sentimientos, ahondados por esta situación inaudita, se entregaban al silencio que los ahondaba más todavía; y desde la profundidad donde vivía con su trabajo, pensaba: «El Hijo de Dios está aquí». Así lo debía sentir Pío IX y así creció su amor y devoción hacia él.

El padre Rossière le envió un libro sobre san José y Pío IX agradeció el celo que dicho padre había demostrado difundiendo el culto a san José,

«no sólo porque es tratado con sumo honor aquel al que el Verbo hecho carne obedeció y la Madre de Dios sirvió, sino también porque, necesitando la Iglesia, especialmente en estos tiempos, de ayudas del todo poderosísimas, no se puede encontrar ningún patrocinio más oportuno y más firme, después del de María,

que el favor de san José, al cual ciertamente no negará nada el que quiso estarle sujeto. Estos obsequios, además, otorgan y confieren una gran eficacia a las súplicas que dirigimos a la Virgen, desde el momento que ella no puede no gozar de los honores tributados a su esposo, a cuya veneración nos atrae con su propio respeto. Dios, de hecho, que con las ardientes llamas de caridad, encendidas hoy en todo el pueblo cristiano hacia el educador de su beatísimo Hijo, parece decirnos a todos: “Id a José”, se complacerá ciertamente de un culto esmerado y pronto dedicado a Él y prestará una

más atenta escucha a los votos hechos a él por su medio y se dejará mover más fácilmente a misericordia».

El papa Pío IX rezó cada día de su vida esta oración: Humildemente postrado a vuestros pies, oh Santísima Virgen, te confieso mis pecados, tan numerosos, tan graves. Perdóname, Señor, mis grandes pecados... Concédeme el perdón por los méritos de san José, su castísimo esposo, nuestro Padre, Protector y nuestra ayuda en la agonía de la muerte.

Cinco días antes de su muerte, con ocasión de la audiencia del 2 de febrero de 1878 fue preguntado por qué estaba tan sereno; su respuesta fue esta: «¡Ah! Es que ahora san José es más conocido. ¡De aquí mi confianza! Si no yo, mi sucesor asistirá al triunfo de la Iglesia de la que yo le he declarado solemnemente Patrono». Y, no sólo fue así, sino que León XIII continuó la labor que inició Pío IX y publicó la primera encíclica *Quamquam pluries* sobre la figura de José, también en una festividad de María, su esposa, el día de la Asunción, y desde entonces la devoción a san José se ha incrementado en la Iglesia.



Pío IX

«*Orbis et orbis decretum*» de S.S. Papa Pío IX proclamando a san José como patrono de la Iglesia

DEL mismo modo que Dios constituyó al otro José, hijo del patriarca Jacob, gobernador de toda la tierra de Egipto para que asegurase al pueblo su sustento, así al llegar la plenitud de los tiempos, cuando iba a enviar a la tierra a su unigénito para la salvación del mundo, designó a este otro José, del cual el primero era un símbolo, y le constituyó señor y príncipe de su casa y de su posesión y lo eligió por custodio de sus tesoros más preciosos. Porque tuvo por esposa a la inmaculada Virgen María, de la cual por obra del Espíritu Santo nació Nuestro Señor Jesucristo, tenido ante los hombres por hijo de José, al que estuvo sometido. Y al que tantos reyes y profetas anhelaron contemplar, este José no solamente lo vio sino que conversó con Él, lo abrazó, lo besó con afecto paternal y con cuidado solícito alimentó al que el pueblo fiel comería como pan bajado del Cielo para la vida eterna.

Por esta sublime dignidad que Dios confirió a su siervo bueno y fidelísimo, la Iglesia, después de a su esposa, la Virgen Madre de Dios, lo veneró siempre con sumos honores y alabanzas e imploró su intercesión en los momentos de angustia.

Y puesto que en estos tiempos tristísimos la misma Iglesia es atacada por doquier por sus enemigos y se ve oprimida

por tan graves calamidades que parece que los impíos hacen prevalecer sobre ella las puertas del Infierno, los venerables obispos de todo el orbe católico, en su nombre y en el de los fieles a ellos confiados, elevaron sus preces al Sumo Pontífice para que se dignara constituir a san José por patrono de la Iglesia. Y al haber sido

renovadas con más fuerza estas mismas peticiones y votos durante el santo concilio ecuménico Vaticano, nuestro santísimo papa Pío IX, conmovido por la luctuosa situación de estos tiempos, para ponerse a sí mismo y a todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del santo patriarca José, quiso satisfacer los votos de los obispos y solemnemente lo declaró **Patrono de la Iglesia católica. Y ordenó que su fiesta del 19 de marzo se celebrara**



en lo sucesivo con rito doble de primera clase, sin octava por motivo de caer en cuaresma. También dispuso que esta declaración se publicara por el presente decreto de la Sagrada Congregación de Ritos en este día de la Inmaculada Concepción de la Virgen madre de Dios y esposa del castísimo José.

Dado en Roma, a 8 de diciembre de 1870
Cardenal Patrizi, prefecto de la Sagrada
Congregación de Ritos
D. Bartolomei, secretario

«Inclytum patriarcham»

*Carta apostólica del papa Pío IX dada en Roma,
el día 7 de julio de 1871*

Los romanos pontífices, nuestros predecesores, para estimular más ardientemente en los corazones de los fieles la devoción y el respeto hacia el santo patriarca José, y para exhortarles a implorar con suma confianza su intercesión, no perdieron ninguna ocasión para dirigirle siempre nuevas y mayores expresiones de culto público. Basta recordar a nuestros predecesores de feliz memoria: Sixto IV, que quiso que se insertara en el Breviario y en el Misal Romano la fiesta de san José; Gregorio XV, que con el decreto del 8 de mayo de 1612 prescribió celebrar la fiesta con rito doble de precepto en todo el mundo; Clemente X, que el 6 de diciembre de 1714 adornó la referida fiesta con misa y oficio enteramente propios; y finalmente Benedicto XIII, que con decreto publicado el 19 de diciembre de 1726 ordenó que se añadiera el nombre del santo Patriarca en la Letanía de los santos. (...)

Y nosotros mismos, después de que por misteriosos designios de Dios fuimos elevados a la suprema cátedra de Pedro, movidos por los ejemplos de nuestros ilustres predecesores, sea por la particular devoción que nutrimos desde la juventud hacia el santo patriarca, con el decreto del 10 de septiembre de 1847, ampliamos la fiesta de su patrocinio con rito doble de segunda clase en toda la Iglesia, como ya se celebraba por indulto especial en muchos lugares.

En verdad, en estos últimos tiempos, en los que una feroz y terrible guerra fue declarada contra la Iglesia de Cristo, la devoción de los fieles hacia san José creció y aumentó tanto que de todas partes llegaron a nosotros innumerables y ardientes pedidos, renovados últimamente, el Concilio Ecuménico del Vaticano, por todas las clases de fieles y, de muchos venerables hermanos cardenales y obispos: éstos pidieron con insistencia que, a fin de implorar con más eficacia la misericordia de Dios por los méritos y por la intercesión de san José para apartar en estos tiempos funestos todos los males que nos perturban de todos lados, lo declaráramos patrono de la Iglesia católica.

Nosotros, por tanto, movidos por estas peticiones, e invocada la protección divina, decidimos acoger tantos y piadosos deseos, y con un particular decreto de nuestra Sagrada Congregación de los Ritos, que ordenamos fuese publicado durante la misa solemne en nuestras basílicas patriarcales Lateranense, Vaticana y Liberiana el 8 de diciembre del

pasado año 1870, dedicado a la Inmaculada Concepción de su Esposa, declaramos solemnemente al bienaventurado José «Patrono de la Iglesia católica», y ordenamos que su fiesta de 19 de marzo, doble de primera clase, pero sin octava a causa de la Cuaresma, fuese celebrada en todo el mundo.

Y dado que consideramos justo que después de nuestra declaración del Santo Patriarca como patrono de la Iglesia católica le sean gravadas en el culto público eclesiástico todas y cada una de las prerrogativas de honor que según las líneas generales del Breviario y del Misal Romano caben a los principales santos patronos, y de acuerdo con los venerables nuestros hermanos cardenales de la Santa Iglesia Romana, encargados de guardar los sagrados ritos, Nosotros, renovando, confirmando y también ampliando con la presente Carta nuestra predicha disposición de aquel Decreto, ordenamos aún y añadimos lo siguiente:

Deseamos que en la fiesta natal de san José y en la de su Patrocinio, también si caen fuera del domingo, sea siempre añadido en la misa el Símbolo, es decir, el «Credo». Además, deseamos que en la oración del oficio de las Horas cuando se deba recitar, sea siempre añadida, después de la invocación a la Bienaventurada Virgen María y antes de cualquier santo patrono, excepto los Ángeles y san Juan Bautista, el homenaje a san José, con estas palabras: «*cum Beato Joseph*». Nosotros, ordenamos aún y añadimos lo siguiente: Finalmente, deseamos que, manteniendo el mismo orden en el homenaje a los santos, cuando sea prescrito por las rúbricas, se añada la siguiente conmemoración en honor de san José:

Antífona de las Vísperas:

- He aquí el siervo bueno y fiel, a quien el Señor ha confiado a su familia.

- Habrá gloria y riqueza en su casa.

- Permanece para siempre su justicia.

Antífona de los Laudes:

- Al comenzar su ministerio, Jesús tenía más o menos 30 años y era considerado como hijo de José.

- La boca del justo se expresará con sabiduría.

- Y su lengua hablará la justicia.

Oración:

¡Oh Dios, que en vuestra inefable providencia os dignasteis escoger al Bienaventurado José para esposo de vuestra Madre Santísima, os pedimos que venerándolo en la tierra como protector, merezcamos tenerlo en el Cielo como intercesor.

1968-2018: ¿Hacia una sociedad sin padre?

Publicamos el texto traducido de la intervención del padre Louis-Marie de BLIGNIÈRES, fundador de la fraternidad de san Vicente Ferrer, en la conferencia-debate del 23 de noviembre de 2018 en París con Patrick Buisson y Chaerlotte d'Ornellas.

A qué condiciones se podrá responder: ¡no!

MI contribución a este debate será «reaccionaria»: ¿en qué condiciones podemos esperar una respuesta negativa a la pregunta formulada: «¿Hacia una sociedad sin padre?». El «evento del 68» plantea las premisas culturales de la demolición de la figura paterna; y el último medio siglo pasado parece una sesión de «trabajo práctico» destinado a erradicar la paternidad.

Pero el resultado de este proceso no es de ninguna manera inevitable. Las apuestas son altas: una sociedad sin padres, sería finalmente una sociedad sin hombres. Para aquellos que no quieren que la aventura humana se hunda en el nihilismo, es necesario insu-

Mayo de 1968 significó la anti-paternidad, porque era el «barco a la deriva» del deseo enloquecido, que rechaza los límites y niega lo natural.

flar el coraje de una insurrección: la insurrección de los hombres libres, que saben que su naturaleza existe, que es algo preciso, delicado y maravilloso, y que vale la pena transmitirlo.

Mayo de 1968 significó anti-paternidad, porque era el «barco a la deriva» del deseo enloquecido, que rechaza los límites y niega lo natural. Ha sido una regresión infantil, donde lo real es rechazado desde su propia esencia. «Hago lo que quiero» porque: «Yo soy el que quiero». «Me estoy ahogando en un sueño de fantasía para disfrutar sin obstáculos», porque: «Niego mi propia esencia. Ya no tengo el deseo de ser un animal metafísico y religioso, un animal político cuyas virtualidades sólo se pueden realizar en la familia y en la ciudad. Soy un ser que lo quiere todo y todo de inmediato. No quiero crecer con el esfuerzo civilizador, ni abrirme a la gracia de Cristo que salva mi naturaleza abriéndola a la trascendencia».

Cincuenta años después, queda constatado que la «fiesta del deseo enloquecido» ha dado a luz a una sociedad deprimida. ¡Nos aburrimos en la civiliza-

ción del ocio! La toma de poder por la imaginación no tuvo lugar. El pensamiento 68 ha engendrado un conformismo plano de la transgresión. Como un disco rayado, él pone los «slogans» adolescentes del patio de la Sorbona. «La gente real» está empezando a cansarse de eso, pero el conformismo de la pseudo-élite presenta esta inmensa poesía de lo absurdo como un genial descubrimiento. Los métodos empleados por estos pretendidos cantores de la diferencia y la rebelión no son «diferentes» ni «liberadores»: transponen servilmente los procesos de los viejos totalitarismos del siglo pasado. Estamos en el ámbito de la exageración de los medios de comunicación, de la oscuridad y la repetición estéril. Nuestra sociedad se está muriendo por eso, por falta de niños... y por falta de ideas fecundas.

A este aburrimiento y esterilidad, el levantamiento de los hombres libres comenzó, en las últimas décadas, a oponerse al orgullo jubiloso de las raíces, con la fecundidad de la inventiva sin arrogancia. Yo diría: la alegría de la filiación y el coraje inventivo de la paternidad.

Es urgente tomar conciencia de la gravedad de la crisis en la que participa nuestra sociedad. Realmente se está jugando el destino del hombre como ser civilizado. ¡Detén el irenismo ciego, detén la huida hacia adelante suicida!

Pero también es importante reaccionar contra la idea de que esto es inevitable. El ser humano está hecho, no específicamente para el placer, cuya búsqueda adictiva le decepciona, sino para la alegría que construye. Él está buscando su «propia densidad», decía Saint-Éxupéry¹. Está hecho para luchar contra la fatalidad.

El rechazo de los límites ha activado las servidumbres de la adicción. La sociedad festiva ha dado a luz a la opresión de los humildes, a la deshonra de los grandes y a la «desesperación de todos». A contracorriente, el redescubrimiento de la naturaleza del hombre, heredero y constructor, porque se adhiere a lo real, hace

1. Antoine de SAINT-ÉXUPÉRY, *Citadelle*, en las Obras, la Pléyade, NRF-Gallimard, 1959, p. 671

que la lucha actual sea emocionante y, —¿quién sabe?— con la ayuda de los santos de Francia y las legiones angélicas, victoriosas.

El hombre es el hijo: ¡alto a los padres!

PARTAMOS de la observación de que el *homo festivus* se muere. El fracaso del goce individualista, que imaginaba que la eliminación de los límites era la condición de la felicidad, es evidente. La «fiesta del deseo» es la esclavitud del porno y la droga, la pérdida de un lenguaje común... y la violencia como una salida. Educadores, sacerdotes, psicólogos, hombres de negocios y directores de recursos humanos, oficiales, todos² señalan que la ausencia del padre es el deterioro exponencial de la firmeza de los personajes, el equilibrio de los temperamentos, la calidad de las relaciones humanas. La ola de depresiones, suicidios, rupturas familiares, asume la aparición de tsunamis. La explosión del deseo fue la implosión de la naturaleza humana.

La razón es bastante simple. Para ser feliz, es preciso aceptar existir. Si el ser me da «náuseas»—como a un tal Jean-Paul Sartre— ¿cómo manejar la aventura de mi propia existencia? Si lo real es mi enemigo, ¿qué más puedo hacer sino correr hacia adelante y huir? «En la situación actual de vacío», dijo el cardenal Joseph Ratzinger en 1992, «surge el terrible peligro del nihilismo. [...] En esta era de subjetividad soberana, se actúa por el único placer de actuar, sin ninguna otra referencia que la propia satisfacción del ego».³

Pero, precisamente, el *ego* ya no está satisfecho con la carrera por el placer, que ha encerrado a todos en sus tristes límites y ha aplastado a los débiles. El hedonismo del 68 ha revelado su verdadera cara: la del aislamiento, la adicción, el aburrimiento. La generación 68, ya sea que esté sinceramente de regreso de sus ilusiones, que se haya vuelto cínica o que ondule según las oportunidades, no da envidia a los jóvenes y hombres. Hay que seguir la trayectoria de estas mentes falsas. Sentimos cada vez más el deseo de salir de ella. «¿Hay algo más posible?»

2. En gran medida no han abdicado, bajo la presión de la conformidad ideológica, la relación con la realidad.

3. Entrevista en el diario *Le Monde*, 17 de noviembre de 1992.

Sí, la buena noticia es que lo real es más apasionante que lo ilusorio. Lo real me mantiene un lenguaje exigente y entusiasta. A trevés de él descubro que la naturaleza humana trae felicidad si es reconocida y cultivada. Ella es recibida de mis padres, ella crece para convertirse en mí en un ejemplar único de la humanidad. Mi felicidad pasa por las mediaciones de la educación y la cultura. Incluye la gratitud por lo que se me ha dado e la inventiva para darle valor. Decir «Gracias» es la condición para decir: ¡«Bienvenido a la alegría de crear»!. La experiencia de los últimos cincuenta años une aquí un pensamiento tan antiguo como la civilización. Para hacer que uno se dé cuenta de lo que es, para despertar el coraje de construir la propia existencia, el papel del padre es decisivo.



La primera condición para que no vayamos inevitablemente a una «sociedad sin padres» es que el grito: «De pie, los hombres» sea escuchado. Por los hombres y por sus esposas. Debemos encontrar y probar con urgencia este límite fundamental que estructura la naturaleza humana: la diferencia y la complementariedad de los sexos. Esto requiere una renovación del coraje de la virilidad... Coraje para que los hombres asuman eso, diría, con un grano de sal, «ni machos, ni sumisos», coraje para las mujeres que les

ayuden a hacerlo. Para que un hombre desempeñe su insustituible función de paternidad, necesita la atenta admiración de su esposa, el respeto de su diferencia por parte del legislador, el apoyo de otros educadores. ¡Deténgase el falso feminismo que destruye la verdadera feminidad y cuyo «daño colateral» es la desaparición del padre! He aquí un límite de la naturaleza humana⁴ que condiciona la supervivencia del hombre como ser civilizado y que es apasionante redescubrir.

Les remito al capítulo de mi libro sobre el papel decisivo del padre en la educación⁵. El padre es el jefe de la familia, el que dice la ley, quien premia y castiga. Hace que las personas tomen conciencia de la realidad y consientan sus límites⁶. Esta tarea del padre es capi-

4. Cf Génesis 1, 27: «Dios creó al hombre a su imagen, a la imagen de Dios, lo creó, hombre y mujer los creó»

5. Louis-Marie DE BLIGNIÈRES, *El coraje de la paternidad*, DMM, 2018, capítulo VIII, p. 113-128.

6. Es el padre especialmente quien hace que el joven adolescente sienta la gran verdad formulada por la filósofa Simone WEIL: «Un criterio de la realidad es que es dura y áspera. Hay alegrías, no placer. Lo que es agradable es el ensueño» (Simone WEIL, *La pesadez y la gracia*,

tal en un universo donde reina la «satisfacción en un clic» de todos los impulsos, y donde «muchos jóvenes consideran a la realidad como su enemigo⁷». El padre representa más que él mismo. «En la transmisión, el padre está obligado, como padre, a reconocer y manifestar que su don está ordenado a algo mayor y más alto que él, es “dador de vida”».⁸

El hombre está aquí: ¡trabajando para otros!

Lo que su padre va a transmitir es un antídoto contra el egoísmo del sesenta y ocho. Hace mónadas que no saben de dónde vienen, que están acunados en la afirmación de sus derechos y que persiguen de manera compulsiva un éxito narcisista. Todo esto es feo, brutal y vulgar. El hombre que asume su virilidad le da a su hijo una razón para respirar: «Tú eres el heredero de un tesoro; estarás feliz de conocerlo; tienes la responsabilidad de cultivarlo; tú debes servir a los demás compartiéndolos con ellos». Sí, debemos cultivar el orgullo de nuestras raíces francesas: están sorprendentemente abiertas a lo universal y ofrecen, más que muchos otros, la felicidad de servir.

Hay que asumir la responsabilidad de transmitir una tradición y no sólo invocar el arrepentimiento de los males invocados! La contraposición del narcisismo, para un francés del siglo XXI, es la toma de conciencia de la inmensidad de los beneficios recibidos. Es el descubrimiento, gracias a la renovación de la historia verdadera⁹, del éxito muy improbable que representa nuestra civilización. Es la sorpresa renovada de una oportunidad increíble: la triple herencia griega, latina y cristiana, que constituye el ADN del occidental! Son los reencuentros con la originalidad europea, que accede a la libertad por la razón griega, al orden por el derecho romano, al amor por la gracia del cristianismo¹⁰.

Plon, 1988, 65).

7. Massimo CAMISASCA, *Sacerdote, ¿quién eres?* Ediciones de Emmanuel, 2012, p. 98.

8. Xavier LACROIX, *Contrabandistas de vida*. Ensayo sobre la paternidad, Bayard, 2008, p. 202.

9. Estoy pensando en particular en Xavier Martín y Jean de Viguier.

10. En los signos de esperanza, deseo señalar el resurgimiento incontestable de la historiografía sobre la Revolución Francesa. Tuve la suerte de ser entrenado por Louis Daménie. A partir del 68, tuvo el mérito de dar a conocer el notable pensamiento de Agustín Cochin. Diez años más tarde, François Furet renovó la historiografía de la Revolución Francesa, cuestionando los esquemas conformistas que han estado de moda desde Michelet, y recientemente Denis Sureau inició la reedición casi completa de las obras de Cochin.

¡Qué camino tan apropiado romper el aislamiento! Somos solidarios con el pasado de nuestros padres y con el futuro de nuestros hijos! El amor de tantas madres, el trabajo de tantas generaciones ha sido necesario para crear lo que encontramos al nacer en este mundo, sin ningún mérito por nuestra parte. Mirando el curso de los siglos cristianos de nuestros viejos viñedos, estamos particularmente afectados, en la arquitectura, la literatura, las costumbres, por la alianza natural del culto a Dios y la veneración de la patria. Nuestros padres, cuya cultura ha fascinado al mundo, ¿estaban equivocados al conectar con Dios por la virtud de la religión; dar a los padres gratitud filial; y a la patria, esta intraducible *pietas* que se prolonga el reconocimiento del padre?

Estas tres «virtudes de veneración» están en nuestro legado cristiano. La urgencia es hacerla conocer y practicarla, por todos los medios... incluso los legales. Me llama la atención el crecimiento espectacular en los últimos años de iniciativas en este sentido, los círculos y los lugares de formación, iniciativas artísticas como Le Puy du Fou, universidades de verano, escuelas donde se aprende algo.

«El orgullo de la herencia, la obligación de valorizarla, el deber de servir»: esa trinidad caballeresca suplantarán sin pesar la marcha macabra de frenético deseo: «Yo vengo de la nada, yo no tengo más que derechos y cultivo mi ego». Solamente con estas virtudes, que nos conectan con nuestras fuentes, podemos extraernos del solipsismo suicida donde el 68 ha querido encerrarnos. Ellas nos hacen comunicarnos con el concierto del universo y la belleza de nuestra historia. En el homenaje presentado por los hijos al sudor y a la sangre de sus padres, se teje esperanza de que la aventura no ha terminado, y se estimula el espíritu inventivo de la paternidad... que es el verdadero progreso¹¹.

El hombre es «metafísica»: ¡Viva el retorno a las certezas!

POR lo tanto, hay que renovar el aprecio a la virilidad contra la demolición de los límites sexuales; nueva estima de las raíces históricas contra los límites de la demolición cultural. Se debe ir a una tercera propuesta: redescubrimiento

11. «Tradición y progreso», dijo el papa Pío XII, «se integra naturalmente con tal armonía que, como la tradición sin progreso se contradice, así también el progreso sin la tradición sería una aventura temeraria, un salto en la noche» (Discurso al Patriarcado y la nobleza romana, 19 de enero de 1944, en *Documentos papales de SS Pío XII*, San Mauricio, Suiza, Ediciones Saint-Augustin, 1963, p. 19-20).

del realismo, contra la demolición de los límites del pensamiento.

El sustrato intelectual del evento 68 es la «deconstrucción». Estos que han llamado, con razón, los «maestros de la sospecha» se han encarnizado a deconstruir todas las normas y todos los poderes. Marxistas de todas las tendencias, anarquistas, espontaneístas, libertarios (como Daniel Cohn-Bendit), situacionistas (como Althusser, Deleuze, Derrida, Foucault, Bourdieu), psicoanalistas erotizantes (como Freud, Reich, Herbert Marcuse) tenían un objetivo común, «el derrocamiento sistemático de todos los valores, la destrucción radical de toda verdad, más allá de la simple agitación del orden».¹²

El artículo básico del «credo» del 68, es la desaparición de las certezas y la noción misma de verdad. «Prohibido prohibir»: el éxito sostenible de esta consigna contradictoria muestra el nivel de nihilismo entonces alcanzado¹³. Esto es una regresión de la idea de dos milenios y medio, antes de la victoria de Sócrates sobre los sofistas. Con él, con Platón y Aristóteles, el pensamiento griego, apoyado por su amor a la luz, su culto al límite y el horror de *la hybris*, había descubierto que las cosas tienen una naturaleza; que la inteligencia humana puede —a costa de una cierta disciplina mental y con diferentes grados de certeza— conocer estas naturalezas; en fin, que la palabra humana las pueda expresar. El Logos crea la posibilidad de comunicarse en la ciudad. Mayo del 68 y sus consecuencias son una «vuelta a atrás» no sólo a la marcha vacilante de los físicos presocráticos hacia la verdad, pero en medio del delirio sofístico: «no más límite a mi pensamiento, la verdad es esencialmente relativa a mi subjetividad, no más certezas absolutas».

La trayectoria mental de nuestra sociedad ha conocido desde hace veinte años un decaimiento. Porque decir «¡No más límite al pensamiento!», es decir: «¡El pensamiento no tiene objeto!» y en el fondo: «¡No más pensamiento!». El dicho «pensamiento 68» se ha convertido en el «pensamiento débil», en un «pensamiento cero». Los mandarines de la deconstrucción, formados en las humanidades clásicas, extrajeron su capacidad de persuasión. Han desaparecido (no se les añorará...) y sus seguidores no saben siquiera escribir en francés. La quiebra de sus sistemas es evidente. La ideología marxista se

12. Para reedificar la Universidad CELU, 1969, p. 13

13. «Quizás nunca en este punto de precisión un joven estudiante haya sido fiel y de acuerdo con lo que enseñó toda la clase intelectual existente, desde el editorialista de *Le Figaro* hasta el animador cultural, pasando por todas las categorías de profesores, filósofos, oradores, clérigos: la nada, el desperdicio intelectual, subversiones». Jean Madiran, «Después de la Revolución de mayo de 1968», *Itinerarios*, Suplemento No. 124, p. 1-36, cita p. 9 y 10).

ha derrumbado en gran medida, el liberalismo tecnocrático se hunde en sus contradicciones, el mito freudiano desmoraliza a toda la empresa educativa, el progresismo cristiano de izquierda tiene plomo en sus alas, el sueño pan-sexualista condujo a la desintegración de la familia. Todo esto dibuja una especie de «agujero negro» del pensamiento humano. Los que son tentados de acercarse a ello desaparecen para siempre. El sofisma sesenta y ocho está condenado, su falsedad ha sido ampliamente demostrada.

Es el momento de proponer —como lo hizo Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio* y Benedicto XVI en su discurso de Ratisbona y de los Bernardinos— el retorno a una estructura fundamental del pensamiento humano, el logos. ¡Es un bendito límite, pues ella se abre a lo real, a los otros, a Dios! ¡Es ella la que libera al hombre, poniéndole a conocer y experimentar su conocimiento, y así comunicarse en paz con sus semejantes.¹⁴

Debido a que el hombre es el animal cuyo alimento principal es la verdad¹⁵, porque su mente es capaz de captar el ser, el «retorno de las certezas¹⁶» es inevitable. «Esta es la estructura del espíritu humano. El hambre de verdad es su aspiración y expresión básicas¹⁷». O bien serán certezas irracionales que conduzcan al fanatismo, o serán certezas críticas, elaboradas a la luz del pensamiento griego y la tradición cristiana. El tecnocratismo más feroz puede continuar cultivando el vacío, pero no podrá prohibir a los hombres vivir de acuerdo con su naturaleza, abiertos a la infinitud de seres. No podrá impedir que nuestra civilización implemente lo que Rémi Brague presentó como su capacidad, único renacimiento¹⁸.

14. «Una sociedad no sobrevive por mucho tiempo, siempre que se encuentre estructurada en el agnosticismo y el materialismo, y permita que todo lo demás exista sólo en la medida en que permanezca en el umbral de la vida pública. (Joseph RATZINGER, *Un punto de inflexión para Europa: Diagnósticos y pronósticos sobre la situación de la Iglesia y el mundo*, París, Flammarion / Saint Augustine, 1996, 157).

15. Cf. Jacques MARITAIN: «El hombre es un ser metafísico, es un animal que se alimenta de trascendentales», *Del régimen temporal y libertad*, DDB, 1933, OEC, V, p. 335.

16. Título de una obra de Paul LADRIÈRE y René LUNEAU, París, Centurion, 1987. Luneau será el director del libro colectivo *El sueño de Compostela. ¿Hacia la restauración de una Europa cristiana?*, París, Centurion, 1990, muy opuesta a la línea Ratzinger-Juan Pablo II.

17. JUAN PABLO II, *Carta a todos los jóvenes del mundo para el Año Internacional de la Juventud*, 31 de marzo de 1985, No. 12, *La documentación católica*, No. 1984, p. 417-433.

18. Cf. Rémi BRAGUE, *Europa, la calzada romana*, Colección «Folio / ensayos», París, Gallimard, 2005 (listado

Conclusión

COMO contrapunto al grisáceo sesenta y ocho, es una aventura emocionante el redescubrimiento de los límites fundadores de la naturaleza humana. Reencontrar la naturaleza del hombre, en la alegría de sus filiaciones y en el valor de sus paternidades, ¡es un gesto de caballería moderna! En este gesto, todos los hombres de buena voluntad, especialmente aquellos que redescubren alegremente sus raíces culturales, están invitados a participar. Cada vez son más los agnósticos y los no católicos¹⁹ que pueden entender que, en la descomposición de la posmodernidad, sólo la fidelidad inventiva de nuestra herencia humanista y cristiana garantizará la verdadera libertad. Con cristianos convencidos, pueden inventar —a costa de serias confrontaciones con la tecnocracia sin alma, la cultura de la muerte y el neo-

en Sedes Sapientiae, n° 98), p. 157-169.

19. Malik Bezouh, ex hermano musulmán, sobre un texto de Bossuet: «Me enojé por este pensamiento, que está mal en contra de la actual sociedad hedonista y narcisista. Fue una verdadera revolución para mí encontrarme con este gran francés, un cristiano, iluminado por la trascendencia divina y que pertenece a un tiempo desconocido. Para comprender a Bossuet y el Antiguo Régimen, me sumergí en la historia de Francia. ¡Y allí estaba la salvación, el renacimiento! Tenía una joya, un tesoro a mi alcance, y no lo sabía. Bossuet me abrió la puerta al espléndido universo de la cultura francesa y, por lo tanto, a la cultura cristiana» (*Famille chrétienne*, n° 1982, 30 de diciembre de 2015).

marxismo— un cristianismo renovado, en la escuela de una tradición sanamente crítica y la experiencia.

¡Decirle no a una sociedad sin padre es un programa agradable, no conformista y original! Ni una lucha de retaguardia por especialistas en causas perdidas; ni un cálculo que explote el «retorno de lo religioso»; ni un arrebató romántico, una buena conciencia burguesa de todas las ineficiencias; sino una rebelión inteligente contra la rutina y el aburrimiento de una sociedad hedonista y cruel, que distorsiona el matrimonio, mata a sus hijos y desespera a su juventud. Un ejercicio de sagacidad en la lucha contra las «estructuras del pecado».

Es un estallido de amor y verdadera solidaridad para aquellos humildes que esconden los tesoros cristianos de su propia historia. Es un testimonio para todas aquellas almas de buena fe que esperan una palabra de seguridad y una defensa contra la barbarie. Es una luz para todos aquellos que vivirían si en la ciudad temporal se quedaran con los medios para encontrar a Cristo. «La profunda desesperación de la humanidad contemporánea se esconde tras un optimismo oficial mostrado...», señaló entonces el cardenal Ratzinger. Pero agregó: «Quizás haya, más de lo que pensamos, una esperanza silenciosa de que un cristianismo renovado podría ser una alternativa²⁰».

20. Joseph RATZINGER, *Informe sobre las dificultades de la fe en Europa hoy*, a los presidentes de las Comisiones doctrinales de las Conferencias Episcopales de Europa, 2 de mayo de 1989, *OR fr*, 11 de julio de 1989, pp.5-6, *DC*, No. 1991, p. 847-849.

Cabeza y defensor de la Sagrada Familia

Él se impone entre todos por su augusta dignidad, dado que por disposición divina fue custodio y, en la creencia de los hombres, padre del Hijo de Dios. De donde se seguía que el Verbo de Dios se sometiera a José, le obedeciera y le diera aquel honor y aquella reverencia que los hijos deben a sus propios padres. De esta doble dignidad se siguió la obligación que la naturaleza pone en la cabeza de las familias, de modo que José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia. Y durante el curso entero de su vida él cumplió plenamente con esos cargos y esas responsabilidades. Él se dedicó con gran amor y diaria solicitud a proteger a su esposa y al divino Niño; regularmente por medio de su trabajo consiguió lo que era necesario para la alimentación y el vestido de ambos; libró al Niño de la muerte cuando era amenazado por los celos de un monarca, y le encontró un refugio; en las miserias del viaje y en la amargura del exilio fue siempre la compañía, la ayuda y el apoyo de la Virgen y de Jesús. Ahora bien, el divino hogar que José dirigía con la autoridad de un padre, contenía dentro de sí a la apenas naciente Iglesia.

León XIII, encíclica *Quamquam pluries* 1889

Abre un soldado el costado del Salvador después de muerto

Sobre el evangelio de S. Juan c. XIX, v.31-37

P. LUIS DE LA PALMA
(*Historia de la Sagrada Pasión, cap. 45*)

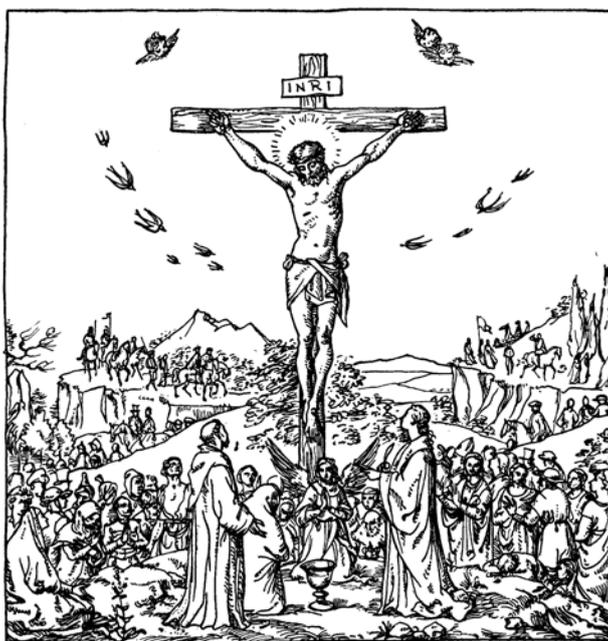
El padre Luis de la Palma, jesuíta español (1560-1641): es uno de los mejores escritores ascéticos y sin duda el más fiel comentador; en su Camino espiritual, de la doctrina de san Ignacio en los Ejercicios. Fue por dos veces provincial de Toledo y predicador insigne del Colegio Imperial de Madrid. Allí escribió la Historia de la Sagrada Pasión, publicada por indicación del padre Mucio Vitelleschi, prepósito general de la Compañía, en Alcalá el año 1624. Es obra no superada en su género, en las narraciones evangélicas y presentada en forma de meditaciones llenas de sólida doctrina, tierna devoción y fervorosos afectos.

«Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza»

PORQUE uno de los soldados que allí estaban (V. 34) corrió con gran furia contra el cuerpo muerto del Señor y abrióle con una lanza el costado derecho, atravesándole con ella todo el corazón. Así le fue revelado a santa Brigida: «Estando, dice esta santa, rodeado el cuerpo del Señor por las turbas, vino uno de los soldados corriendo con grandísima furia y atravesóle una lanza por el lado derecho, con tanta fuerza y vehemencia que parece que quería sacarla por la otra parte; y quedó tan cruelmente herido, que no paró el que le hería hasta que la lanza penetró del todo el corazón de una parte a la otra de Él». De esta manera, nuestros hierros atravesaron su piadoso corazón estando vivo, y el de la lanza estando muerto.

Y si miramos la intención del soldado que esto hacía, parece que nació de su desenvoltura y furor, llevando con indignación que hubiese muerto con tanta brevedad el Señor, y prevenido con su muerte que no

le quebrasen las piernas, y excusado los demás tormentos y escarnios de los soldados y de los judíos. Y porque no pudo atormentar y escarnecer al vivo, quiso mostrar el ánimo que traía hincándole la lanza en el cuerpo muerto; la cual fué suma inhumanidad y crueldad, mostrar furor contra un cuerpo muerto



y herirle derechamente el corazón, donde está la fuente de la vida. Por lo cual, la Santa Iglesia, llamando dulce al madero de la cruz y dulces los clavos que sostenían en él la dulce carga del cuerpo del señor: Dulce lignum, dulces clavos, dulce pondus suslinet, llama, por otra parte, al hierro de la lanza duro y cruel: *Qua vulneratusi-Ti super mucrone diro lanceae*. Porque si fuera crueldad herirle el corazón estando vivo, no fue menos inhumanidad haberle herido estando muerto. Pero si miramos la dulzura del corazón

del Señor, hallaremos que la lanza quedó mucho más dulce que los clavos y que la cruz; porque si la cruz y los clavos tocaron el cuerpo y en los pies y manos del Señor, la lanza tocó en su corazón y nos dejó abierta puerta y camino para él.

Sed unus militum lancea latus suis aperuit: Uno

de los soldados abrió su costado con la lanza; sobre lo cual dijo san Agustín. «Con mucha advertencia usó el evangelista esta palabra: que no dijo que el soldado hirió o llagó con la lanza el costado del Señor, sino que le abrió, mostrando que se había abierto una puerta franca por donde nosotros entrásemos al corazón de Cristo, y por donde saliesen las riquezas de su corazón y se los comunicasen a nosotros. Porque si la vida de cada uno procede de su corazón, y así aconseja el Sabio (Prov 4, 23) que le guardemos con toda guarda y diligencia, pero del Corazón de Jesucristo había de salir la vida de todos; y así, no convenía que le guardase para sí solo, sino que se dejase herir en él, y aunque muerto, se abriese en su costado la puerta de la vida, para que con la muerte de Él viviésemos todos, y con la vida que salía de Él resucitásemos todos.

«Y al instante salió sangre y agua»

DE esta manera fue formada la Iglesia del costado del Señor, que está recostado en la cruz; en figura de lo cual fue formada la primera mujer del lado del varón cuando estaba durmiendo (Gen 2, 21). Y aunque estaba Adán oprimido con profundo sueño, salió Eva viva y despierta, y fue llamada madre de todos los vivientes. Este fue gran sacramento (Efes 5, 32), en que estaba representada la unión de la Iglesia con Jesucristo, el cual estaba echado en la cruz y la cabeza inclinada con figura y disposición de quien dormía, y de su costado abierto salió la sangre y el agua con que fue formada y heroseada su Esposa. Estando el Señor muerto salió la Iglesia viva, y madre de todos los que viven por virtud de la muerte de Cristo, Señor nuestro. ¡Oh, muerte con que resucitan los muertos ¡oh, sangre con que se lavan los que no están limpios! Este es el consuelo de los tristes, el esfuerzo de los tentados, el refugio de los afligidos. Por esta puerta entran y salen las abejas santas a fabricar sus panales en lo secreto del Corazón de Jesús. Este es el agujero de la piedra donde tienen refugio los erizos (Sal 103, 18), y adonde vuelan los que tienen las alas como de paloma, para hallar allí su descanso y su guarida (Sal 54, 7). Esta es la puerta que

mandó Dios a Noé que hiciese en el lado de su arca para que entrasen en ella los animales privilegiados que no habían de perecer en el Diluvio (Gen 6, 16). Esta es la puerta abierta de la ciudad de refugio (Deut 19, 2), donde se guarecen los delincuentes de la ira de Dios. Esta es la puerta dorada y hermosa del verdadero templo de Dios (Act 3, 2), donde los mendigos enfermos alcanzan siempre salud y misericordia. Esta es la puerta del Paraíso, que se cerró por el pecado del primer Adán y se abrió por los merecimientos del segundo, el cual había dicho de sí (Jn 10, 9): Yo soy la puerta; por Mí, si alguno entrare, será salvo. Esta es la puerta de que tienen la llave dorada los amigos regalados y favorecidos de Dios. ¡Oh cuán de veras desprecian las fuerzas de los reyes y privanzas de los príncipes los que tienen licencia de entrar por esta puerta a la bodega de los vinos preciosos (Cant 2, 4) y a la recámara secreta de Dios! *Haec porta Domini, iusti intrabunt per eam* (Ps 117, 20). Esta es la fragua donde hay fuego perpetuo y muy encendido con que se abrasan nuestros corazones, y se van labrando conforme a la imagen de Dios. Este el testimonio del amor fervoroso y excelente caridad de nuestro Salvador, tener, no solamente los brazos abiertos para recibirnos en ellos, sino también abierto el Corazón para recibirnos en él.

Y si el Apóstol decía (2 Cor 6, 11) que su corazón estaba dilatado, y que todos los fieles cabían sin estrechura en él, ¿cuán ancho y cuán espacioso será el Corazón de Jesucristo para abrazarnos a todos en su incomprendible caridad dentro de él? Y para morada tan ancha y tan gloriosa era menester que correspondiese en su costado una puerta tal que nos convidase a entrar por ella. Este es el el pectoral del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, que es una piedra solamente, tiene escritos, no solamente doce nombres, sino a todos los hombres.

Y aunque recibió esta herida después de muerto, la conservó después de vivo para ornamento de su cuerpo glorioso y resucitado, y para fuente de luz y de amor. Por eso, tocando el apóstol santo Tomás, y poniendo sus dedos dentro de ella (Jn. 20, 27), se le encendió súbitamente una resplandeciente candela de fe en su entendimiento, y un abrasado fuego de amor en su voluntad.



La infidelidad del futuro: la gran apostasía

MICHAEL D. O'BRIEN

Reproducimos a continuación casi en su totalidad un artículo del novelista y ensayista Michael O'Brien publicado en Lifesite News en diciembre de 2017. (Traducción de Robert Gimeno).

«Cuando regrese el Hijo del Hombre, ¿hallará fe sobre la tierra?» (Lc 18, 18)

COMO en todas las generaciones, el «futuro cercano» que se acerca nunca se materializa del modo que habíamos imaginado. Debido a esto, nuestra tentación perenne es descartar la teología de la historia y la escatología de la revelación, como construcciones mentales producidas por miedos irracionales o limitados por análisis acalorados de situaciones contemporáneas, un ciclo que supuestamente se repite sin fin, sin llegar jamás a la prometida catástrofe total. Aun así, de acuerdo con Cristo en los Evangelios y en el Apocalipsis, y las cartas de san Pedro, san Pablo y san Juan, y los profetas del Antiguo Testamento, así como las revelaciones privadas aprobadas eclesialmente que han aumentado en número e intensidad durante los últimos 150 años, se acerca el momento en que todos los escenarios especulativos se evaporarán ante un peligro real y último para la humanidad. Entonces el futuro se convertirá en el presente. Su prólogo será una apostasía de un alcance sin precedentes. De hecho, día a día esta apostasía se extiende a nuestro alrededor. Su clímax es el Día del Señor, un día de fuego.

En varios sermones, el beato cardenal John Henry Newman escribió proféticamente sobre el futuro cercano que se avecinaba en su propia época:

«Sé que todos los tiempos son peligrosos y que, en

todo momento, mentes serias y ansiosas, que viven para el honor de Dios y las necesidades del hombre, son capaces de considerar que no hay tiempos tan peligrosos como los suyos. En todo momento, el enemigo de las almas asalta con furia a la Iglesia (que es la verdadera Madre de las almas), y como mínimo amenaza y asusta cuando falla en hacer el mal. Y todos los tiempos tienen sus pruebas especiales que otros no tienen. Y hasta ahora voy a admitir que hubo

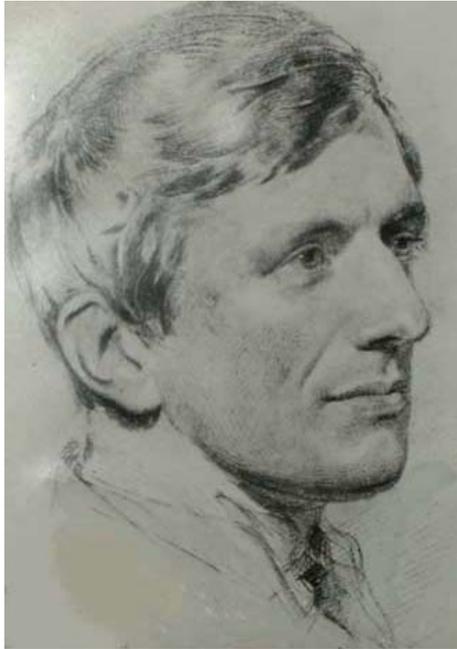
ciertos peligros específicos para los cristianos en otras ocasiones, que no existen en este momento. Sin duda, pero aun admitiendo esto, todavía creo que las pruebas que tenemos ante nosotros son tales que atemorizarían y marearían incluso corazones tan valerosos como can Atanasio, can Gregorio I o can Gregorio VII. Y definirían esa oscuridad como el panorama de su propio tiempo que para ellos era muy variado, el nuestro tiene una oscuridad diferente en su naturaleza a cualquier otra que haya existido antes. El peligro especial del tiempo que tenemos ante nosotros es la propagación de esa plaga de infidelidad, que

los Apóstoles y Nuestro Señor mismo han anunciado como la peor calamidad de los últimos tiempos de la Iglesia. Y al menos una sombra, una imagen tipo de los últimos tiempos se extiende sobre el mundo.»¹

El enfoque de Newman estuvo condicionado en parte por el contexto de los tiempos en que vivió y tam-

1. John Henry NEWMAN (1801-1890), sermón del 2 de octubre de 1873, «La infidelidad del futuro».





John Henry Newman con 25 años

bién por su comprensión de la tentación constante de los cristianos, es decir, la de hacer concesiones al «*spiritus mundi*». Tenía claro que el espíritu del mundo en su día estaba avanzando cada vez más en contra de lo que quedaba de la antigua cristianidad. Y en otros sermones, fue más lejos, advirtiendo que el espíritu diabólico se estaba moviendo hacia una confrontación final.² Newman señaló que las épocas de tibieza y laxitud entre los fieles siempre habían sido el prólogo de las persecuciones, y que la persecución definitiva sería precedida por la mayor apostasía en la historia de la Iglesia.³ Hubo, por supuesto, otros períodos de apostasía y herejía, como la crisis de los arrianos, y por severos que fueran, surgieron en un momento de confusión religiosa extremadamente distinta, cuando el hombre civilizado todavía estaba saliendo de los pantanos del paganismo.

Y ésa es la diferencia entre lo que ocurrió en el pasado y lo que está ocurriendo ahora en todo el mundo occidental. Una civilización que ha conocido el cristianismo (y que es ahora en gran parte ignorante acerca de cuán oscuro puede ser el paganismo) está optando por regresar al pantano, y a lo largo de la trayectoria descendente, a la que llama progreso, va proclamando a cada paso su

2. NEWMAN, *Tracts for the Times*, Volumen V, 1838-40, Advent Sermons on Antichrist.

3. En su *Historia eclesiástica*, Eusebio de Cesarea, el obispo e historiador del siglo IV, también señala que todas las principales persecuciones de la Iglesia fueron precedidas por períodos de laxitud generalizada entre los fieles.

concepto trágicamente atrofiado de libertad e imponiéndolo agresivamente a todos.

Que la revolución haya dado la vuelta tan rápidamente a los principios fundamentales de la civilización es una de sus características más inquietantes —principios reconocidos por cualquier sociedad sensata. No hace falta decir que hay factores históricos y sociológicos involucrados, como la destrucción de la confianza en un Dios benevolente por dos guerras mundiales inimaginablemente destructivas, por la amenaza inminente de la guerra nuclear, por los genocidios, por la revolución sexual y por el fenomenal crecimiento de nuevos medios tan poderosos que abruman el sentido, y por ende la conciencia, hacen de la voluntad humana un instrumento para su propósito, redefiniendo no solo el significado del hombre sino también de la Realidad misma.

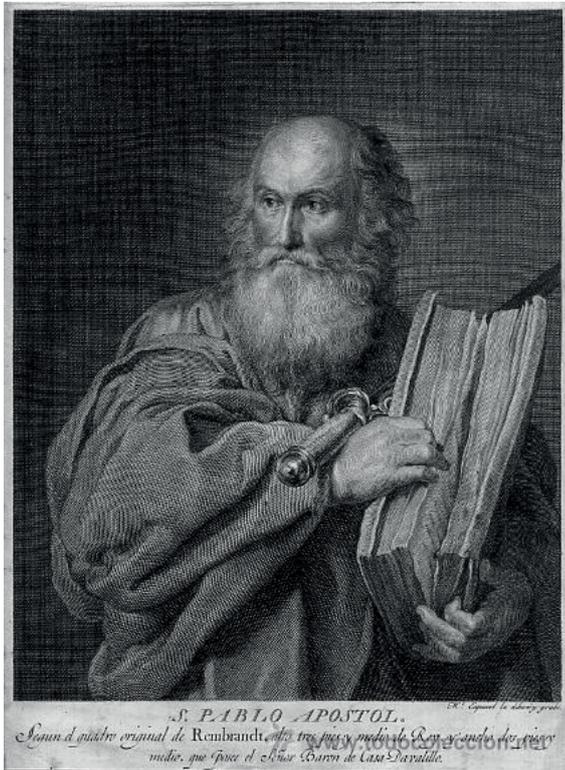
La tibieza de los cristianos

PERO ¿por qué tantos cristianos han demostrado ser tan vulnerables, incluso ansiosos, por estas narrativas patológicas? ¿Por qué, en definitiva, nos decimos mentiras a nosotros mismos? Nos engañamos a nosotros mismos porque hay abundantes recompensas por hacerlo, mientras que al mismo tiempo se alivian las tensiones internas inherentes a la lucha moral de la condición humana, como si estuviéramos descartando una leyenda anticuada. Diariamente, tragamos mentiras plausibles, una red de falsedades unidas a la adulación, a los placeres emocionales y físicos, y constantemente reforzada por una nueva cultura mundial en gran medida creada por los medios de comunicación y entretenimiento, por la corrupción de la educación, por políticas moralmente comprometidas, y la más reprensible de todas, por la teología ambigua y las espiritualidades espurias.

En su segunda carta a Timoteo, **san Pablo exhorta a los pastores del rebaño del Señor a predicar la palabra de Dios con determinación, a tiempo y a destiempo, a «convencer, reprender y exhortar», a no desfallecer en la persistencia y en la enseñanza.** «Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas». (2 Tim 4, 3-4).

Si los estudios actuales sobre la fe y la práctica en el mundo occidental son precisos, parece que más del 80% de los católicos ya no creen en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y en la necesidad de confesión, ni en otras doctrinas fundamentales de la fe. Constantemente, esta mayoría rechaza las enseñanzas de la Iglesia sobre la moral sexual.

(...) En 2 Tesalonicenses 2, 1-4, san Pablo nos



advierte que no nos agitemos apresuradamente por ningún espíritu o palabra que manifieste que el Día del Señor ha llegado, porque ese día no llegará hasta después de la gran apostasía («caída» y «rebelión» en algunas traducciones) que es el preludio de la revelación del «hombre de iniquidad, el hijo de perdición», que se opone a Dios y se exalta a sí mismo, tomando asiento en el templo de Dios, proclamándose ser Dios. Éste es el Anticristo, que a través de la mentira y la adulación se elevará al poder sobre olas de un fuerte engaño, que se arraiga en las mentes de los hombres porque se han opuesto a la verdad y la autoridad de Dios y, en efecto, se han exaltado a sí mismos como dioses en sus propias vidas.

En su segunda carta a Timoteo le advierte:

«Debes saber esto: en los últimos días se presentarán tiempos difíciles, pues los hombres serán egoístas, avariciosos, fanfarrones, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, irreligiosos, despiadados, desleales, calumniadores, desenfrenados, brutales, enemigos del bien, traidores, precipitados, engreídos, amigos del placer más que de Dios; tendrán la apariencia de piedad, pero habrán renegado de su fuerza.» (2 Tim 3, 1-5)

Claramente, san Pablo no se refiere tanto a los enemigos externos de la Iglesia como a aquellos que permanecen dentro de sus filas.

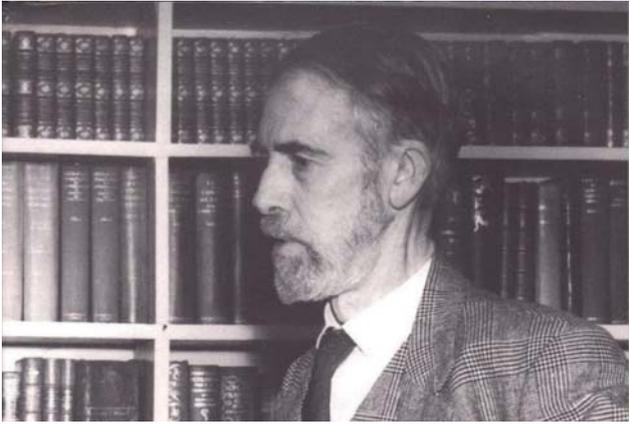
(...) Debido a que el hombre es religioso por naturaleza, el vacío que se abre dentro de él en ausencia de una fe verdaderamente ennoblecadora pronto se

llena con algún tipo de sistema de fe. Como G.K. Chesterton señaló una vez, cuando los hombres dejan de creer en Dios, no creen en la nada, sino que se vuelven capaces de creer cualquier cosa.⁴ Sin embargo, el apóstata debe vivir consigo mismo, por lo que exige que él sea el árbitro del significado del bien y el mal y que goce de una conciencia tranquila mientras lo hace, y ¡ay de quien lo perturbe! Para poder vivir con el remanente de su conciencia, el apóstata debe verse a sí mismo como un reformador-liberador: está iluminado, es compasivo, es suave, hasta que se le opone resistencia y se vuelve despiadado. El auto-proclamado «liberal» pronto se comporta como un fascista y no sabe por qué, ni siquiera se pregunta por qué. Esto también es válido para muchos herejes liberales que permanecen en las filas de la Iglesia y asumen el proyecto de de-construirla desde dentro e intentar reconstruirla de acuerdo con sus propias nociones: ofrecerle al mundo un Cristo domesticado en lugar de uno misericordioso, un cristianismo poco exigente en lugar de uno que llama al hombre a elevarse, a convertirse en su verdadero yo, un Evangelio amputado que pierde miembros y órganos vitales. Son rebeldes que se hacen pasar por reformadores morales.

En su profético libro de 1942, *El juicio de las naciones*, el historiador Christopher Dawson advirtió que en un futuro próximo la imposición del neotalitarismo y la moral corrupta se presentaría como una cruzada moral, una que exigiría necesariamente la sumisión de la Iglesia a la voluntad del Estado:

«Se debe a la invasión de lo espiritual por lo temporal, a la autoafirmación triunfante de la civilización secular y del estado secular contra los valores espirituales y contra la Iglesia. El significado real de lo que llamamos totalitarismo y el estado totalitario es el control total de todas las actividades humanas y todas las energías humanas, tanto espirituales como físicas, por parte del Estado, y su dirección hacia los fines que sean dictados por sus intereses, o más por los intereses del partido o camarilla gobernante... En tal orden, no puede haber lugar para la religión a menos que la religión pierda su libertad espiritual y se permita a sí misma ser utilizada por el nuevo poder como un medio para condicionar y controlar la vida psíquica de las masas. Pero ésta es una solución imposible para el *cristiano*, ya que sería un pecado contra el Espíritu Santo en el sentido más absoluto. Por lo tanto, la Iglesia debe asumir

4. Esta máxima citada a menudo de Chesterton no es, de hecho, algo que escribió, sino más bien una paráfrasis o síntesis de ideas similares dispersas a lo largo de sus escritos; por ejemplo, en una de sus historias del Padre Brown, su sacerdote-detective dice: «El primer efecto de no creer en Dios es que pierdes el sentido común».



Christopher Dawson (1889-1970)

una vez más su oficio profético y dar testimonio de la Palabra, incluso si esto significa el juicio de las naciones y una guerra abierta contra los poderes del mundo.»⁵

El futuro que Dawson previó hace setenta y cinco años ya está aquí. Cabe señalar que esta revolución social ha sido legalmente aplicada en Occidente, que fue cristiano, por gobiernos liderados por cristianos heréticos o apóstatas, con castigos por resistirse a la nueva «ortodoxia». Es perversamente lógico, por tanto, que el estado sancione y promueva, en nombre de la humanidad, el asesinato financiado por el Estado de categorías cada vez más amplias de la comu-

Es ésta una revolución global que tiene como propósito la exaltación del hombre y la negación de los derechos absolutos de Dios.

nidad humana (niños, ancianos, débiles, enfermos, deprimidos, etc.), y que la erosión de la libertad se haga en nombre de la libertad. Además, donde sea que este espíritu y estos valores no puedan cruzar las fronteras protegidas de las naciones islámicas y marxistas (que tienen sus propias máscaras de la Bestia), lo hace a través de la cultura, de manera electrónica. Es ésta una revolución global que tiene como propósito la exaltación del hombre y la negación de los derechos absolutos de Dios. A medida que las consecuencias de esta nueva y valiente religión se ocultan de los ojos del hombre, ahora hemos llegado a llamar luz a la oscuridad; promovemos la traición como romance y el asesinato como compasión; llamamos altura a las profundidades. Él no ganará nada y lo llamará todo. Perderá todo y lo llamará

5. Christopher DAWSON, *El Juicio de las Naciones*, Sheed & Ward, Nueva York, 1942.

nada. Él adorará, como todas las cosas creadas deben adorar, sin embargo, mientras se esfuerza por adorarse únicamente a sí mismo, acabará, sin saberlo, adorando al padre de la mentira. Luego seguirá el desencadenamiento de mayores y mayores grados de mal que, al final, buscarán devorar todo.

Solo una cosa se interpone en su camino: la Iglesia Católica Romana, es decir, la Iglesia cuando vive al máximo la plenitud de la vida en Cristo. Cuando es el baluarte que se mantiene firme contra toda la malicia y los engaños diabólicos, y cuando es un «signo de contradicción» contra toda racionalización de la corrupción producida por la humanidad caída.

El abismo entre el auténtico seguidor de Cristo y el hereje (o apóstata de facto) no siempre es claro, porque los seres humanos siempre están en transición, no pueden reducirse a una sola cosa.

(...) Pero, ¿qué sucede cuando el baluarte y el signo de contradicción se convierte en el instrumento mismo para la malformación de la conciencia? ¿Cuando su caridad universal para los pecadores muta en una parodia de sí misma y degenera en empatía por el pecado? ¿Cuándo su voz se vuelve débil y ya no llama al hombre a la santidad para convertirse en su verdadero yo?

La Sagrada Escritura está llena de advertencias:

«Busqué entre todos ellos alguien que construyera una muralla y se mantuviera en la brecha frente a mí, en favor del país, para que no lo destruyera, pero no pude encontrarlo (Ez 22,30)».

Y las palabras de Jesús:

«Conozco tus obras, tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Sé vigilante y reanima lo que te queda y que estaba a punto de morir, pues no he encontrado tus obras perfectas delante de mi Dios. Acuérdate de cómo has recibido y escuchado mi palabra, y guárdala y conviértete. Si no vigilas, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti (Ap 3, 1-3)».

Estas advertencias nos parecerán duras, autoritarias y sin amor en la medida en que no escuchemos la voz auténtica del que nos habla. «el que quiera escuchar, que escuche, y el que no, que lo deje, porque son un pueblo rebelde» (Ez 3, 27). Cuando el mismo Cristo nos dice que debemos arrepentirnos para no perder lo que se nos ha dado a un coste tan alto, ¿no podemos escuchar el dulce fuego del amor en aquello que nos dice? ¿No podemos escuchar sus palabras como la urgencia de un pastor apasionado, en lugar de la venganza de un autócrata?

Y si no podemos escuchar este amor ardiente, ¿qué funciona mal en nuestra capacidad interpretativa? ¿Nos hemos acercado a la tierra santa de Dios sin quitarnos las sandalias?

Si es así, nos hemos convertido en neo-gnósticos –los que saben–, sin saber que somos «desgraciados, dignos de lástima, pobres, ciegos y desnudos.» (Ap 3, 17).

El nuevo fariseísmo

EL *Catecismo de la Iglesia católica* define la herejía como una «negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana.»⁶⁷

Que no haya duda en esto: la propagación de la apostasía en nuestros tiempos ha sido causada sólo parcialmente por el poder sin precedentes de las fuerzas seculares contra nosotros. Su causa fundamental se encuentra en las herejías que se han extendido entre nosotros, un nuevo tipo de fariseísmo que vacía la fe de su poder y significado, creando un entorno psicológico-espiritual en el que el espíritu del anti-Cristo tiene cada vez más poder para controlar las percepciones, pensamientos y vidas emocionales de los hombres. Esto es lo que hace posible ahora que el verdadero «Hombre de Pecado», el propio Anticristo, se levante.

El abrumador problema dominante dentro de la Iglesia de Occidente en este momento de la historia es un fariseísmo que está conectado con la teología moral corrupta y la eclesiología desordenada, por la cual falsos maestros hacen que las personas crean que ellos son los justos, incluso si pecan en términos de moralidad sexual, o enseñando que tal pecado no es un pecado grave y no es un impedimento para la recepción de los sacramentos. Se sienten justificados por sí mismos por su creencia en un nuevo Evangelio de justicia social, y se trata de una justicia social muy selectiva, reduciendo la plenitud de los Evangelios a una falsa elección: uno puede ser un disidente liberal («amoroso, compasivo») o un fariseo (un «legalista severo»). Hacen la paz con el pecado personal porque creen que están cumpliendo los imperativos del Evangelio de ayudar a los pobres. Y cada vez que se cuestionan sus propias hipocresías y compromisos con el pecado y

6. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2089; Código de Derecho Canónico, Canon 751.

el error personal, simplemente culpan al mensajero, señalando con el dedo a cualquiera que se oponga a sus agendas, demonizando la voz de la verdad mediante comparaciones superficiales con los fariseos legalistas de los Evangelios.

(...) Por lo tanto, en la creciente confusión en la que todos estamos inmersos, es necesario reflexionar sobriamente sobre lo que Jesús reprendía en sus interacciones con los fariseos de su tiempo. Los pasajes correspondientes se encuentran en Mt 23, 1-39; Mc 7, 1-13; Mc 12, 35-40; Lc 11, 37-54; Lc 20, 45-47 (ver también Jn 9,1-41).

En cada uno de estos, Cristo está, sobre todo, atacando la hipocresía de los fariseos, su apariencia externa de virtud, su corrupción interior, su codicia y sus malos pensamientos. (Mt 23, 27-28; Lc 12, 1). Ponen cargas pesadas sobre el hombre mientras descuidan los asuntos más importantes de la fidelidad total a Dios. Estos duros dichos de Jesús se pueden entender correctamente solo en su contexto más completo:

«Un escriba que oyó la discusión, viendo lo acertado de la respuesta, se acercó y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: El primero es: «Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser». El segundo es éste: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». No hay mandamiento mayor que estos». (Mc 12, 28-31).

Jesús está enseñando claramente que amar verdaderamente al prójimo se basa en la fidelidad total a los mandamientos divinos. Sin ese contexto, la supuesta justicia del antiguo fariseo degenera en un legalismo sin amor. Igualmente, sin ese contexto, la supuesta compasión del nuevo fariseo tiende

Jesús no rehúye reprender a los pecadores una y otra vez llamándolos al arrepentimiento, porque sabía que el arrepentimiento es la condición previa para recibir la misericordia, liberándonos de la esclavitud del pecado.

a degenerar en sentimentalismo superficial, autoindulgencia y presunción. Si el amor no se basa en la fidelidad total a los mandamientos de Dios, pronto se trunca y fomenta las bondades de corto recorrido que engendran crueldades de largo alcance. En Mc 7, 1-13, Jesús reprende a los fariseos por su desprecio a los mandamientos de Dios, mientras dis-

cuten detalles de sus leyes; por ejemplo, permiten que una persona descuide las necesidades básicas de sus padres ancianos porque ha hecho un donativo al Templo. En Mt 23, 15, Jesús dice que hacen que los conversos tengan el doble de facilidad para el infierno. En Lc 17, 3-4, él dice: «Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo; 4 si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: «Me arrepiento», lo perdonarás». En Juan 8, 2-11, donde Jesús se encuentra con la mujer sorprendida en adulterio, los fariseos la hubiesen condenado apedreada hasta la muerte. Después de que Jesús les haya puesto en evidencia, avergonzando sus conciencias y bloqueando sus malas intenciones, le dice a la mujer: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

En estos y muchos otros ejemplos en el Nue-

San Pablo, en su Carta a los Efesios, nos recuerda que si esperamos prevalecer a través de estos tiempos oscuros, resistiendo las tentaciones personales de pecado y al error, a las herejías y a la apostasía, y a las alternativas de rabia o desesperación, debemos ponernos «la armadura de Dios» para que podamos enfrentarnos a las artimañas del diablo.

vo Testamento, basados en el Antiguo Testamento, Jesús no rehúye reprender a los pecadores una y otra vez llamándolos al arrepentimiento, porque sabía que el arrepentimiento es la condición previa para recibir la misericordia, liberándonos de la esclavitud del pecado. Es la verdad la que nos hará libres, dice el Señor.

(...) No hace falta decir que los pastores y laicos que son rectos desde el punto de vista doctrinal y litúrgico, pero que carecen de caridad y un auténtico entusiasmo misionero corren el riesgo de ser la «levadura de fariseos». Sin embargo, cualquier cristiano sincero está atento al potencial de fariseísmo dentro de sí mismo y está en guardia contra sus tentaciones de pecar. Sabe que sin la gracia de Dios sería tanto el hermano mayor en la parábola del Hijo Pródigo, como el hermano menor.

¿No nos dice el Señor a todos nosotros, si escucháramos: «Cuidado, hijos míos, del peligro al que se enfrenta el ‘hijo mayor’ en la parábola del Hijo Pródigo, porque corre el riesgo de caer en el fariseísmo»?

Y al mismo tiempo, él grita a todas y cada una de las almas: «¡Arrepiéntete de tus pecados! ¡Ven a mí y vive! » (Is 55, 3-5; Ez 33, 11; Jn 14, 6).

¡De pie, pues!

SAN Pablo nos recuerda en su Carta a los Efesios que si esperamos prevalecer a través de estos tiempos oscuros, resistiendo las tentaciones personales de pecado y al error, a las herejías y a la apostasía, y a las alternativas de rabia o desesperación, debemos ponernos «la armadura de Dios» para que podamos enfrentarnos a las artimañas del diablo:

«porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire. Por eso, tomad las armas de Dios para poder resistir en el día malo y manteneros firmes después de haber superado todas las pruebas. Estad firmes; ceñid la cintura con la verdad, y revestid la coraza de la justicia; calzad los pies con la prontitud para el evangelio de la paz. Embraced el escudo de la fe, donde se apagarán las flechas incendiarias del maligno. Poneos el casco de la salvación y empuñad la espada del Espíritu que es la palabra de Dios. Siempre en oración y súplica, orad en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con constancia, y suplicando por todos los santos.» (Ef 6, 12-18).

Esta exhortación, realizada al comienzo mismo de la Iglesia, no es menos crucial en nuestros tiempos. De hecho, la necesitamos más que nunca porque la infidelidad del futuro está ahora a nuestro alrededor y entre nosotros.

El Catecismo de la Iglesia católica enseña:

«Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20) desvelará el «misterio de iniquidad» bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Ts 2, 4-12; 1Ts 5, 2-3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22)».

Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su

forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo (cf. DS 3839), sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, «intrínsecamente perverso» (cf. Pío XI, carta enc. *Divini Redemptoris*, condenando «los errores presentados bajo un falso sentido místico» «de esta especie de falseada redención de los más humildes»); GS 20-21).

«La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. Ap 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. Ap 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa.» (cf. 2 P 3, 12-13)⁷

El verdadero horizonte: mantener nuestros ojos puestos en la Iglesia

NUESTRO dolor por la condición actual de la Iglesia, tanto universal como particular, es inmenso. Y mientras este dolor por la pérdida de tantas almas y la corrupción de lo sagrado es lo suficientemente natural, nunca debemos permitirnos sentirnos desmayados. Nuestras principales tentaciones durante este tiempo de confusión pueden ser la amargura, el aislamiento y una sutil tentación de rebelión –incluso en la elección del cisma, que provocaría una gran cantidad de otros males. En cambio, el Señor nos pide que nos mantengamos firmes como un baluarte, como un signo de contradicción contra los embates del engaño y malicia, independientemente de las consecuencias, independientemente de las perspectivas de «éxito» o «fracaso». Él siempre desea que entremos más profundamente en unión con Él. Pero esta unión crece solo por la fe y por el sufrimiento. Experimentar el rechazo, los juicios falsos de otros, la incapacidad o falta de voluntad de los pastores para ser verdaderos padres espirituales y una multitud de otros trastornos en el Cuerpo de Cristo... Todo esto es una prueba para nosotros (a veces una prueba severa).

Debemos tener en cuenta que a lo largo de su

7. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 675-677; ver también n. 678-680.

larga historia, la Iglesia ha estado a menudo en crisis. Siempre está compuesta, y en ocasiones dirigida, por personas poco edificantes. Sin embargo, la nave siempre se estabiliza y avanza. Dios siempre está trabajando, buscando sacar lo bueno de nuestras locuras aparentemente incesantes. Así también, Él hará crecer nuevos pastores y nuevos santos para nuestros tiempos, y esto probablemente será en medio de grandes tribulaciones. Nuestra tarea es seguir dirigiendo nuestros pensamientos y los movimientos de nuestros corazones hacia el verdadero horizonte, mantener nuestros ojos puestos en la Iglesia como la Novia de Cristo que está preparada para encontrarse con el Novio.

Él viene. Él está cerca. Las «soluciones» humanas, como la apostasía o el cisma, solo se suman a las heridas de la Novia e impiden su preparación. **Debemos amar a la Iglesia con un gran amor, sin perder nunca de vista la promesa del Señor de que las «puertas del infierno» no prevalecerán contra ella.** Esto implica que el infierno seguramente tratará de hacer lo peor, tentándonos a todos. Seamos parte de la defensa de la Iglesia y no parte del problema.

Recibiremos consuelo y valor ofreciendo todo lo que sufrimos como sacrificio unido a la Cruz para la purificación y el fortalecimiento de la Iglesia. Nosotros, los hombres, y especialmente los norteamericanos pragmáticos, debemos reconocer en nosotros mismos la creencia errónea de que podemos «arreglar» cualquier cosa con suficiente conocimiento, habilidad, herramientas, influencia, retórica, estrategias, etc. Debemos entender que en

Nuestras principales tentaciones durante este tiempo de confusión pueden ser la amargura, el aislamiento y una sutil tentación de rebelión.

el caso de la Iglesia no podemos superar esta oscuridad presente con nuestras fuerzas humanas limitadas. Solo podemos restaurarnos a nosotros mismos a través de la cooperación con la gracia de Cristo –a través de nuestro arrepentimiento personal, oración, sacramentos, sacrificio, fortaleza y perseverancia, paciencia, misericordia, verdad y la fe que se refina en los fuegos más oscuros. Es de Jesucristo mismo que aprenderemos cuándo callarnos ante nuestros acusadores y cuándo hablar, y cómo, en todo momento, permanecer firmes y fortalecer las cosas que quedan.



Serví a Lucifer sin saberlo
Serge ABAD-GALLARDO
Homo Legens

ROBERT GIMENO

SERGE Abad-Gallardo ingresó en una de las obediencias más importantes de Francia, Derecho Humano, guiado por el orgullo de sentirse un iniciado y con la sed de conocer un «secreto» que en más de veinticinco años, y a punto de convertirse en maestro grado 14º, nunca llegó.

Francés de padres españoles, el autor nació en Marruecos en 1954, vivió en Lyon y Córcega y obtuvo el título de arquitecto en la Universidad de Marsella. Ha trabajado en el área de urbanismo de diversos ayuntamientos. Ingresó en la masonería en 1989 y la abandonó en 2013. Está casado y tiene dos hijos.

El tiempo que vivió como masón le sirvió para comprobar la diferencia entre las bellas palabras de la fraseología masónica y lo que se practica en «el Templo», y sobre todo para sentir vacía la aspiración de verdad espiritual que bullía en su alma, y que la simbología masónica y sus interpretaciones no llenaban en absoluto.

Ese hueco lo sublimaría Dios en un dilatado proceso de conversión que nació durante una peregrinación a Lourdes. Durante años fue madurando en su fe hasta comprender que la pertenencia a masonería era incompatible con ser miembro de la Iglesia y confesarse católico.

Esta trayectoria espiritual de Abad Gallardo quedó reflejada en un libro *Por qué dejé de ser masón* editado por Libros libres en 2015. Este testimonio tenía que ser divulgado, porque Serge tenía que dirigirse a sus hermanos masones para invitarles a mirar hacia la Luz.

Es ahora, cuando en un segundo libro *Serví a Lucifer sin saberlo*, publicado en español por Bibliotheca Homo Legens, Abad Gallardo da un paso más y revela las acometidas de la masonería especulativa contra el cristianismo en general y la Iglesia católica en particular.

En este libro, de un modo personal, directo y ameno, nos habla de los peligros de la masonería y advierte de que ésta «mantiene relaciones, ciertamente disimuladas, pero muy estrechas, con la doctrina luciferina». Y afirma que «la masonería es un instrumento del Maligno, y de hecho, implica la firma a menudo inconsciente de un pacto con él».

El autor nos explica en el primer capítulo la simbología masónica y su profunda dualidad. Continúa con una profunda explicación de la influencia de la masonería en la política, especialmente en lo referente al aborto, eutanasia y matrimonio homosexual.

Siguen unas páginas dedicadas a los ritos masónicos, donde define la masonería queda expuesta como una sociedad iniciática y una religión luciferina, con la inversión de papeles entre Dios y el diablo.

Los últimos capítulos los destina el autor a contar los efectos de la masonería en su alma y su conversión y liberación. Cuando Abad-Gallardo se encontraba en la mitad de su itinerario en los altos grados cuando Dios se cruzó en su camino en Lourdes. «También a mí Dios —cuenta en este libro— me ofreció una segunda oportunidad: ¿cuando estaba atrapado en los meandros de la masonería, condujo mis pasos, en el momento de mayor angustia, primero ante María en Lourdes y algunas semanas más tarde a una abadía mariana!»

Una lectura recomendada para conocer en profundidad la masonería y sus efectos en nuestra sociedad y su política, en un libro no destinado a estigmatizar a los masones, ya que el autor afirma que muchos de ellos están engañados por la ideología masónica. Recordando a Charles Baudelaire el autor nos hace constatar: «Queridos hermanos, no olvidéis nunca, cuando oigáis alabar el progreso de las luces, que la mayor astucia del diablo es convencernos de que no existe».



El padre Mateo Crawley, SS.CC, promotor del Cerro de los Ángeles (III)

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

EN 1919 el padre Mateo se hallaba de nuevo en España preparando la Consagración nacional al Corazón de Jesús que él había promovido. A la vista del entusiasmo popular secundado por las autoridades, creyó que tan grandioso acontecimiento era signo del comienzo del cumplimiento de su promesa al padre Hoyos de reinado en nuestra patria, y, de acuerdo con el nuncio Monseñor Ragonessi, hizo sustituir la prevista leyenda en el fuste del monumento expresada en futuro: «Reinaré», por la del presente «Reino en España», y cambió la popular letra del «Corazón Santo, tú reinarás», por la de «Corazón santo, tú reinas ya».

El padre Mateo, la antevíspera de la Consagración en su conferencia preparatoria había dicho:

«El Monumento representa en forma genuina y auténtica el corazón de España. Las piedras podrán desmoronarse un día, pero nada ni nadie podrá demoler jamás el alma que ha levantado este altar, los hogares consagrados de toda la península».

Diecisiete años después, el primer viernes de agosto de 1936 la imagen del Corazón de Jesús era fusilada, y sus piedras no se desmoronaron, sino que fueron voladas con dinamita, por unos pobres milicianos que desconocían el verdadero sentido de su acción, testimonio de la pervivencia de la fe recibida de sus padres, aunque escondida en los recovecos del alma a la espera de la voz de Jesús que la haga revivir, pues sólo se fusila a quien se sabe está verdaderamente vivo.

Algunos consideran que este fusilamiento y voladura desmienten la virtualidad de la Consagración de tres lustros antes, pero, en perspectiva sobrenatural, fueron el detonante de la mayor gloria de la Iglesia de España en sus últimos tres siglos: los dos millares de

mártires ya beatificados, que murieron con el grito de «¡Viva Cristo Rey!», última razón de su inmolación, expresada en la leyenda del monumento.

Preparación de la Consagración de España al Corazón de Jesús

EL Secretariado de la Entronización de Madrid, secundado por todos los de la Península, lanzó y organizó la suscripción nacional y recogió las aportaciones de todas las clases y estamentos sociales a fin de que el Monumento fuera realmente levantado como un plebiscito «para pedir el reinado del Corazón de Jesús en España».

Se abrió una suscripción popular que creció rápidamente gracias al activo celo de los padres Mateo Crawley y Calasanz Baradat de los SS.CC, que recorren España entera, y de los padres franciscanos. Para que todos puedan contribuir, las cuotas van desde 5 cts., la perra chica, a una peseta, y así, cuando el Rey consagre España al Corazón de Jesús, consagrará los corazones de todos los españoles. Se lanza la idea de que



los más pudientes paguen una piedra, —costaba 150 ptas— en la que se esculpiría el nombre del donante. El álbum con sus firmas queda depositado en un cofre al pie del monumento.

El embajador del Perú ante la Santa Sede, conde de Guaqui, Don Juan Mariano de Goyeneche, donó 50.000 ptas. para costear la estatua. Cuenta el padre Mateo que al agradecérselo días después, su paisano, el conde le dijo: «no sé por qué no se me pidió que donara en vez de una estatua de piedra una de bronce, que hubiera sido más digna del Corazón de Jesús en España; hubiera costado diez veces más, pero la habría regalado gustosísimo».

Triduo de preparación de la Consagración en San Jerónimo el Real

SE le encomendó al padre Mateo que los días 27, 28 y 29 de mayo, previos al de la Consagración, predicara un solemne triduo de preparación en la iglesia más amplia de Madrid, la de San Jerónimo el Real, y con su fogoso e inspirado verbo enardeció a la multitud que abarrotaba sus naves anunciándoles que el Cerro iba a ser el Tabor de los españoles. Sus palabras, transcritas taquigráficamente, están publicadas en el libro «Jesús, Rey de Amor», y de él transcribimos algunos de sus párrafos.

Primera conferencia, 27 de mayo de 1919: El reinado íntimo del Corazón de Jesús en las almas por la Eucaristía

EN la primera de las conferencias del triduo, pronunciada el martes 27 de mayo, trató el tema del reinado íntimo del Corazón de Jesús en las almas por la Eucaristía, comenzado así: «El viernes próximo seremos testigos de un hecho que sorprenderá profunda y gratísimamente al mundo católico, pero que irritará violentamente al campo adverso. España dará como nación, oficialmente, un valiente, un sublime escándalo de gloria, reconociendo solemnemente la realeza divina de Nuestro Señor Jesucristo. Y en testimonio irrecusable de ello entronizará con honra y majestad la grandiosa estatua del Corazón divino de Jesús en el Cerro de los Ángeles con asistencia oficial, y previo el plebiscito elocuente de los hogares españoles».

Se preguntaba: «¿Reinará Jesús o será nuevamente clavado en un patíbulo por haber osado proclamar los derechos de su Divina Realeza en pleno siglo del liberalismo?»

Comparando luego la situación actual con la de Jesús ante Pilatos, el padre Mateo pregunta a sus oyentes:

«¿Reinará Jesús o será nuevamente clavado en un patíbulo por haber osado proclamar los derechos de su Divina Realeza en pleno siglo del liberalismo?» En ese instante de suprema angustia Jesús vuelve su Corazón y sus ojos arrasados en llanto a España, y con mirada de amor y dolor inefable, con voz suplicante le dice:

«España de mis amores, todos me han abandonado, y muchos se han pasado al bando que reclama mi sangre y mi trono. Y tú, ¿me dejarás también? Por primera vez en tu historia, tú, España, tierra de mi Madre ¿me negarás también? ¡Respóndeme!»

«La respuesta es ver a España entera, con su Rey a la cabeza, que llega entonando “Cantemos al amor de los amores, cantemos al Señor”, y “Corazón santo, Tú

reinas ya”, y ante el sanedrín atónito de gobernantes, verdugos y naciones cómplices, el Rey católico y España-Nación convierten el patíbulo en trono, y el Calvario en Tabor de Jesucristo Rey.

»Levántate, pues, España; viste tus mejores galas de reina y sal al encuentro de tu Rey y Señor que viene, enamorado, a ratificar solemne y públicamente la donación que te hace de su adorable Corazón, agradecido al trono de gloria que le brindas en horas de universal apostasía».

Segunda conferencia, 28 de mayo de 1919 «Jesús dijo en Paray-le-Monial: ¡Reinaré por mi divino Corazón!»

COMENZÓ la exposición del siguiente día, sobre el reinado social de Jesús por la cristianización de la familia, preguntándose:

«¿Que significa ante Europa y el mundo este doblar la rodilla del pueblo español el día de san Fernando en la persona de su monarca?... Es la más solemne reparación ante el más grave y público de los atentados contra Dios: la apostasía oficial de las naciones. España gritará esta palabra más verdadera y oportuna que nunca: Mal que pese al infierno, Jesús, sólo tú eres Señor de señores».

«Jesús dijo en Paray-le-Monial: ¡Reinaré por mi divino Corazón!... pero —preguntaréis— ¿y sus incontables enemigos? pues por promesa del Señor, reinará a pesar de todos ellos, sea dispersándolos, como la paja aventada por el viento, sea convirtiéndolos por la omnipotencia de su misericordia infinita.»

Terminó pidiendo a su auditorio que de rodillas le acompañara en esta su plegaria en nombre de España: «Jesús Sacramentado, en presencia de la Reina Inmaculada y a la faz del Cielo que te adora, en este cielo del sagrario, en reparación solemne del gran pecado de apostasía social de los que callan, de los que otorgan, de los que tiemblan, de los que olvidan, de los que traicionan, de los que persiguen, nosotros, tus amigos, tus apóstoles, queremos reconocerte pública y socialmente, en nombre de nuestros hogares, como el único Señor y Maestro, y como la fuente única de todo poder, de toda virtud, de toda verdad, de toda belleza.»

Terminó su conferencia diciendo: «En esta hora solemne, Jesús, pon atento tu adorable Corazón al clamor de adoración de tus hijos que, en nombre de España, te dicen:

«No reconoceremos un orden social sin Dios; ¡la base del orden social es tu autoridad, Jesús!», afirmación que pedía repitiera la multitud de oyentes que abarrotaba el templo.

No reconoceremos las mentidas leyes de un progreso sin Dios; ¡La ley del verdadero progreso es la tuya, Jesús! (todos)

No reconocemos las utopías de una civilización sin Dios; ¡El principio civilizador es tu doctrina, Jesús!“ (todos)

No reconocemos una ficción de justicia antojadiza sin Dios; ¡La justicia integral eres Tú, Jesús! (todos)

No reconocemos una libertad en oposición a Dios; ¡El único libertador eres Tú, Jesús! (todos)

No reconocemos una fraternidad sin Dios; ¡La única fraternidad de amor es tu obra, Jesús! (todos)

No reconocemos autoridad alguna en contra de Dios; ¡El fundamento de la autoridad es tu ley, Jesús!(todos)

No reconocemos, en fin, un amor que olvide u ofenda a Dios; ¡El amor increado eres tú, Jesús!(todos)

¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino! Amén.

La primera verdad que hoy precisamos conocer es que Jesucristo es Rey, y que su realeza es social.»

Tercera conferencia, 28 de mayo de 1919. La primera verdad que hoy precisamos conocer es que Jesucristo es Rey, y que su realeza es social

MAÑANA, viernes, veremos el triunfo espléndido del Señor en el Tabor que Él mismo se ha elegido en tierra española... con ello quiere alentar a los tímidos, reavivar la fe de muchos de sus amigos desanimados, como los discípulos de Emaús. ¡Son tantos los buenos, pero pobres de fe, y más pobres aún de amor y de confianza que han desmayado en la lucha ante la insolencia aparentemente victoriosa de la impiedad, y el silencio –siempre fecundo– del Señor que parece dormitar en la barca del Sagrario, pero cuyo Corazón vela amorosamente!

»La primera verdad que hoy precisamos conocer es que Jesucristo es Rey. Y que su realeza es social. Y digo social porque no puede seguir siendo el Rey de vergüenza que tantos tímidos pretenden, Rey oculto en el fondo del Sagrario, Rey sin vasallos ni dominios, Monarca olvidado en el polvo de la sacristía. ¡No! Si es Rey en su Eucaristía debe irradiar como un Sol, dominando desde la Hostia la sociedad y el mundo. No sólo el fuero interno y el secreto de la

conciencia, sino también y claramente la conciencia pública y la vida social y nacional.

»La constitución social de España la forman, sobre todo, dos piedras de granito que son: el hogar cristiano y la escuela confesional católica, que son los manantiales que surten de vida cristiana al pueblo español... Pero ¡velad, españoles, porque el enemigo está al acecho! La hermosura moral de vuestro pueblo

está provocando la cólera satánica de la hidra que acecha y quisiera morder con mordedura mortal el corazón de España...y el enemigo está dentro de la plaza...

»¿Cuál será la exclamación vibrante de cuantos estemos mañana presentes en el Cerro de los Ángeles o en los templos grandes y pequeños de España entera? Terminó exhortando a que todos en voz alta repitieran con él: “¡Queremos que Jesucristo reine sobre nosotros! Sí, ¡Es preciso, urge, que Cristo reine!... ¡Venga a nos tu reino!”

»Los reyes y gobernantes podrán conculcar las tablas de tu Ley, pero al caer del sitial del mando a la tumba del olvido, tus súbditos seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!» (todos)

»Los legisladores dirán que tu Evangelio es una ruina y que es deber eliminarlo en beneficio del progreso, pero al caer despeñados en la tumba del olvido, tus adoradores seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!» (todos)

»Los malos ricos, los altivos y los mundanos dicen que tu moral es de otro tiempo, que tus intransigencias matan la libertad de conciencia, pero al confundirse con las sombras de la tumba, tus hijos seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!» (todos)

»Los heraldos de una civilización materialista, lejos de Dios y en oposición al Evangelio...morirán un día envenenados por sus maléficas doctrinas, y al caer a la tumba maldecidos por sus propios hijos, tus consoladores seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!» (todos)

»¡Oh!, sí, que viva! Y al huir Luzbel, el ángel de tinieblas, de los hogares, de las escuelas, de los pueblos, al hundirse eternamente encadenado a los abismos, tus amigos seguiremos exclamando: “¡Viva tu Sagrado Corazón!“ (todos)“¡Viva en el triunfo de tu Eucaristía y de tu Iglesia! ¡Viva por siempre tu Sagrado Corazón!“ (todos)

“¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu Reino! Amén”. (todos)».





emos leído

ALDOBRANDO VALS

Abre la mente, pero que no se te caigan los sesos

THEOBJECTIVE

Actualidad global para una nueva generación de lectores

Miguel Ángel Quintana Paz, desde las páginas de *The Objective*, aporta un poco de sentido común a una cuestión viciada por el pensamiento ideológico y que se ha convertido en un «dogma laico», aquel que «defiende que a cuantas más ideas estemos abiertos, mejor. Se trata, naturalmente, de una vieja convicción ilustrada, reciclada en el lenguaje actual con expresiones como “sal de tu zona de confort”. Según esta mentalidad, estar expuesto a personas diversas y a sus razones discrepantes de las nuestras nos hará más tolerantes, nos enriquecerá como personas, hará que reajustemos nuestras ideas previas. Todo lo cual redundará en una sociedad más dialogante y menos polarizada.»

Se pregunta Quintana Paz si es correcto este planteamiento para contestar negativamente:

«El año pasado un grupo de investigadores liderados por Christopher Bail acometió un curioso experimento: ofreció a unos ochocientos usuarios de Twitter la oportunidad de seguir cuentas que expresaran opiniones políticas opuestas a las que ellos tenían en un inicio. Así, los votantes progresistas empezaron a leer razonamientos conservadores y viceversa. Un mes más tarde, midieron el efecto que esa experiencia había tenido sobre ellos.

El resultado redujo a añicos el dogma de que conocer las razones

de nuestro oponente nos hace más comprensivos hacia él: tanto los tuiteros izquierdistas que habían empezado a leer cuentas derechistas, como los tuiteros de derecha que habían hecho lo contrario, terminaron ese mes más convencidos de sus ideas previas, más intolerantes ante las de sus oponentes, más radicalizados en general. Saber los argumentos de mis contrarios no ayuda a matizar los míos ni a moderarme, sino que incluso puede alejarme aún más de su bando».

Por lo que concluye que «parece que abrir demasiado nuestras mentes no es la panacea que nos prometen los que nos piden que seamos infinitamente flexibles ante las opiniones ajenas, sin asentar en nosotros mismos convicciones firmes acerca de nada. Eso no significa que tengamos que irnos al extremo opuesto y limitarnos a leer o escuchar sólo a quien nos dé la razón. Significa más bien que no le faltaba razón al profesor Walter Kotschnig en el discurso que, allá por 1939, recién huido de la Alemania nazi, impartió ante el Smith College. Subrayaba allí este intelectual judío que sin duda es deseable conocer todo tipo de ideas, claro, pero que también conviene ir armados de principios fuertes por la vida. Cosas tan horribles como el totalitarismo o el sectarismo no se combate solo con «apertura de mente», sino también con certezas robustas. Como resumió Kotschnig en una frase que ha acabado haciéndose célebre: abramos nuestra mente, sí, pero no tanto que se nos caigan los sesos al suelo.

Algo similar ha recordado re-

cientemente Jordan Peterson en sus 12 reglas para vivir. Peterson aprovecha allí otra metáfora: igual que para caminar es necesario elevar un pie en el aire, pero dejar el otro estable en el suelo, así también para avanzar por la vida es preciso exponerse a visiones novedosas, pero sin olvidar que hemos de fijar firmes algunas cosas en nuestra cabeza. Si no actuamos así, nos advierte Peterson como psicólogo, si no echamos raíces en nada, podemos terminar dispersos en una miríada de veleidades, incapaces de dar coherencia a nada de lo que hagamos, ayunos de todo sentido que dé vigor a nuestras vidas.

En el fondo ya nos lo había advertido el gran Chesterton a inicios del siglo XX: “Cuando abro mi mente es como cuando abro la boca: mi objetivo es volver a cerrarlas con algo sólido dentro”».

La lógica del mal menor y de la gradualidad



Jean-Michel Beaussante trata en las páginas de *L'Homme Nouveau* una de las cuestiones claves cuando se aborda la ley moral, cargada de profundas consecuencias:

«En nombre de una falsa ley de gradualidad, y a pesar de las enseñanzas de *Humanæ vitæ* y de san Juan Pablo II, algunos legitiman indebidamente comportamientos y categorías cuyos límites axiológicos varían según los tiempos. Como si los mandamientos de

Dios y sus preceptos negativos no obligaran en todas las circunstancias.

Esta concepción errónea pretende extender por analogía a los preceptos negativos lo que las enseñanzas morales tradicionales admiten para los preceptos positivos: “Los actos virtuosos no deben hacerse de cualquier manera, sino guardadas las debidas circunstancias requeridas para que un acto sea virtuoso, es decir, que se hagan en donde, cuando y del modo que se debe”, explica santo Tomás de Aquino (*Suma teológica* II-IIae cuestión 33, artículo 2). Por ejemplo, las buenas obras no deben hacerse a expensas del deber del estado. De la misma manera, la ley negativa ya no obligaría absolutamente, siempre y en todo momento, según las circunstancias y el perfil del pecador (“proporcionalismo”): En otras palabras, si la ejecución inmediata y literal de la norma aparece absolutamente imposible o perjudicial, entonces un cierto retraso –más o menos corto – puede ser tolerado. Sin embargo, la tensión [hacia la norma] siempre es necesaria..., escribe el padre Alain You en su libro *La Ley de la gradualidad, una nueva ley moral*. Y toma como ejemplos la anticoncepción, la homosexualidad, la masturbación adolescente, las relaciones prematrimoniales, las relaciones conyugales entre divorciados “vueltos a casar”...

Si es claro que todos somos pobres pecadores, existen evidentemente grados en el pecado: nuestro propósito no es negar que existen círculos y grados en el fracaso moral, como en el infierno de la *Divina Comedia* de Dante. Lo que queremos es mostrar que el mal menor o el pecado menor no pueden fundamentarse moralmente a riesgo de convertirnos en amigos del mal, inclinados a lo peor.

Si en materia de preceptos positivos “lo mejor es enemigo de lo bueno”, según el conocido dicho, es justo lo contrario en materia de

preceptos negativos (especialmente cuando se traducen en leyes positivas): “el mal menor (como tentación bajo la apariencia de bien) es el amigo de los peor”, abriendo a una espiral de transgresiones.

Tenemos buenos ejemplos en los Pacs [pacto civil de solidaridad, forma contractual que en Francia adoptaron las uniones de hecho], que eran para prevenir el “matrimonio” y la adopción de homosexuales, en los anticonceptivos, que eran para prevenir el aborto, o en el así llamado “mal menor” profiláctico de la “Interrupción voluntaria del embarazo” en situaciones de riesgo que debía impedir la extensión como “derecho universal” del aborto. De transgresión en transgresión, más o menos lentas, la cultura de muerte del pecado sigue inexorablemente alcanzando sus siniestras conquistas».

Libertad, autodeterminación y lo «culturalmente correcto»



Paradojas muy evidentes de la modernidad que Giovanni Maddalena denuncia en este artículo publicado en la revista italiana Tempi:

«A un grupo de académicos de prestigio internacional quieren lanzar una nueva revista académica, *La revista de las ideas controvertidas*, que promete a quienes lo deseen la posibilidad de escribir y permanecer en el anonimato. El grupo está compuesto por algunos grandes nombres, entre ellos Peter Singer, uno de los filósofos más conocidos y mejor pagados del mundo, defensor de los derechos de los animales y su movimiento de liberación, y el profesor de filosofía moral de Oxford, Jeff McMahan. La idea de la revista sería ayudar a un verdadero pluralismo mediante la creación de una re-

vista que siga los procedimientos normales para la verificación de la calidad académica pero que permita a los autores escribir bajo un seudónimo, de modo que puedan sostener ideas controvertidas que de otra manera no podrían decir.

Obviamente la idea es paradójica... algunos campeones de nuestro mundo cultural teóricamente liberalísimo, donde libertad y autodeterminación, esto es, la posibilidad de decir y hacer todo lo que se desee, siempre que no se infrinja la libertad de los demás, admiten que esa libertad realmente no existe, tanto que tienen que recurrir el anonimato, el arma extrema del pensamiento en épocas y situaciones dictatoriales. La iniciativa de la revista nos dice, de hecho, que vivimos en una era de pensamiento único. Es el fruto paradójico de la autodeterminación absoluta que crea una homologación absoluta. Somos tan libres, tan autodeterminados, que todos pensamos lo mismo.

Lo culturalmente correcto empieza por sostener la libertad como autodeterminación, continúa con la idea de que no hay verdad y no hay cultura más central o importante que las otras, y acaba con una moralidad que presta atención solo a la honestidad y la no discriminación. Lástima que ahora Singer y sus amigos admitan que se trata sólo de apariencias. La libertad de autodeterminación se concede sólo a algunos y no queda muy claro cómo manejar a quienes niegan su validez; esta libertad en ningún caso se concede a quienes piensan que existe una verdad. La no discriminación para algunos se convierte inmediatamente en un arma de discriminación en otros. Y, en este punto, no hay otra solución: para ser uno mismo se necesita no ser identificado. Así termina el ciclo de la autodeterminación: cada uno puede ser uno mismo siempre y cuando pienses como todos y no seas nadie».



Iglesia perseguida

Los cristianos de Pakistán: pobres y perseguidos

JOSUÉ VILLALÓN

AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA

Los cristianos de Pakistán son una pequeña minoría de solo el 2% de la población. Procedentes de las clases más bajas de la sociedad, los bautizados son considerados ciudadanos de segunda y son marginados por su fe. Ocupan trabajos de servidumbre y en muchos casos son amenazados y perseguidos, especialmente por los grupos yihadista y talibán que operan en el país.

A pesar de todo esto, la Iglesia paquistaní desarrolla una enorme labor social y pastoral que alcanza a toda la población, especialmente en el ámbito de la educación, con multitud de colegios, institutos y varias universidades, algunas de las más prestigiosas del país. La mayor parte del alumnado es musulmán, aunque poco a poco los jóvenes cristianos se van abriendo hueco, superando las barreras sociales, para alcanzar mejores puestos profesionales.

Un ejemplo de la presencia y labor de la Iglesia en el país es precisamente la misión que lleva a cabo la parroquia de Ntra. Sra. de Fátima en la capital del país, Islamabad. Es la única iglesia católica de la ciudad y además de las numerosas Eucaristías y encuentros que se llevan a cabo, la parroquia atiende a miles de familias que se reparten por los suburbios.

La parroquia católica de Ntra. Sra. de Fátima está situada en el sector F8/4, en una zona de embajadas. Fue construida en 1970, cuando aún en Islamabad vivían muchas personas de otros países. La iglesia se situó aquí porque la mayor parte de la comunidad católica la formaban miembros de las embajadas. Hoy casi todos los trabajadores de embajadas son nacionales, y de religión musulmana. Pero la comunidad no ha desaparecido, sino que ha cambiado de rostro. Su párroco es el padre Yousef Amanat, que atiende no sólo las actividades de esta iglesia sino también de otras iglesias fuera de la capital, hasta áreas remotas del país, algunas están a más de nueve horas en coche.

«Nuestra misión aquí es contribuir al desarrollo del país a través de la educación en primer lugar. Nuestros colegios tienen el objetivo de aportar los valores fundamentales para una sociedad de paz

y convivencia. Además apostamos por la educación para tratar de conseguir que los cristianos salgan de la marginalidad, que además de estar bien educados, sean profesionales cualificados capaces de desempeñar cualquier trabajo de importancia en la administración pública o en la empresa privada», comenta el padre Amanat.

Sahbaz Bhatti, feligrés de Ntra. Sra. de Fátima

UN ejemplo de la apuesta de la Iglesia por la educación para ayudar a la promoción de la comunidad cristiana es el de Sahbaz Bhatti, abogado cristiano que llegó a ser ministro de las Minorías de Pakistán, durante el gobierno del presidente paquistaní Ali Asif Zardari, en el año 2008. Bhatti fue uno de los feligreses de la parroquia de Ntra. Sra. de Fátima, cuando se trasladó a Islamabad para desempeñar su cargo ministerial.

Fue un gran promotor de la libertad religiosa y uno de los que defendió enérgicamente a personas como Asia Bibi, madre cristiana víctima de la ley de la blasfemia y que ha estado en el corredor de la muerte por esta ley hasta hace unos meses. Bhatti denunció públicamente la aplicación de la ley de la blasfemia, una ley que se utiliza injustamente para atacar a las minorías religiosas. Bhatti recibió numerosas amenazas telefónicas de muerte y se emitieron hasta cinco fatuas pidiendo su cabeza por parte de líderes musulmanes radicales.

Aniversario de su muerte

SAHBAZ Bhatti nunca se rindió. Él mismo explicó en un video, pocos días antes de su muerte, a modo de testamento espiritual, que «Quiero compartir que yo creo en Jesucristo, que ha dado su vida por nosotros. Sé cuál es el significado de la “cruz” y lo seguiré a Él hasta la cruz. Oren por mí y por mi vida. El 2 de marzo de 2011, cuando Sahbaz Bhatti salía de su casa en Islamabad camino de su despacho ministerial, dos vehículos bloquearon el

Miembros de la parroquia en la iglesia parroquial nuestra Señora de la Paz, haciendo juntos una oración.



paso de su coche y tres radicales islamistas abrieron fuego asesinándolo en el acto. Junto al cadáver dejaron unos panfletos donde se referían a Bhatti como un “cristiano infiel” y que llevaban la firma del grupo talibán “Taliban al-Qaida Punjab”».

El padre Amanat recuerda a Sahbaz Bhatti con mucho cariño y destaca su testimonio de fe fuerte en Jesús. Hace unos años los obispos paquistaníes abrieron el proceso de canonización de este valiente cristiano. Sahbaz Bhatti también colaboraba en las labores sociales y pastorales entre las comunidades cristianas más pobres de la catedral. Hoy el padre Amanat continúa visitando las zonas de slums donde viven estos otros feligreses suyos. Un equipo de la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada le acompaña hasta el barrio conocido como So Quarters o A Hundred Quarters Colony, donde viven cerca de 1.000 personas, junto a un riachuelo en torno al que se agolpan numerosas casitas de ladrillos y tejados de chapa. La mayoría son católicos, aunque hay miembros de otras denominaciones cristianas protestantes.

Una capilla más grande para fortalecer la fe

EN la pastoral de este *slum* ayuda otro sacerdote de la parroquia, el padre Asif Riaz. Él explica que en un pequeño terreno que compraron a la autoridad pública han levantaron una capilla, dedicada a Ntra. Sra. de la Paz. El sacerdote muestra una sala grande con un patio interior,

justo al otro lado del arroyo que divide el barrio: «Necesitamos construir un templo de verdad, y más grande, donde puedan caber hasta quinientas personas, porque ahora en cada celebración sólo entran las mujeres y los niños. Los hombres se tienen que quedar fuera».

Además de celebrar aquí los sacramentos, el padre Riaz va a visitar a los enfermos, acuden casa por casa conociendo a las familias en personas, viendo sus necesidades. Todos los niños están escolarizados, gracias a la labor de estos sacerdotes. También cuentan con un grupo del Rosario que rezan por las intenciones de la parroquia y por las personas que les apoyan: «Nuestra misión es en favor además de mejorar la salud de la gente, a través del apoyo a iniciativas sanitarias de la Iglesia. Y por último, aunque no menos importante está el diálogo interreligioso. Es muy importante ponernos en contacto con los líderes de otras religiones para que vean que los cristianos somos ciudadanos normales, que somos igual de paquistaníes, y frenar todo tipo de odio».

Ayuda a la Iglesia Necesitada (ACN) apoya a la Iglesia local de Pakistán en su labor pastoral desde hace décadas. En el año 2017 esta fundación pontificia desarrolló diversos proyectos de construcción de templos, apoyo a seminarios, sustento para religiosas y sacerdotes, vehículos para la misión, por un valor de 815.000 euros. Con el visto bueno del padre Amanat y del obispo de Islambad, ACN ayudará a ampliar la capilla de Ntra. Sra. de la Paz en el barrio de So Quarters, para fortalecer la fe de la comunidad cristiana de la capital de Pakistán.



Pequeñas lecciones de historia

¿Por qué la música y la obra de Bach es diferente?

GERARDO MANRESA

CUANDO murió Juan Sebastián Bach, su música quedó sepultada en el olvido, sus mismos hijos decían que la música de su padre era anticuada y prácticamente nada de su obra se había publicado. Se le recordaba a Bach únicamente como un intérprete extraordinario de órgano.

Si comparamos a Bach con la mayoría de músicos vemos una gran diferencia en su vida y en su comportamiento. Por ejemplo podemos ver a Vivaldi sacerdote católico que se excusaba de decir misa para dedicarse a la música, Mozart viviendo una vida fácil y glamurosa en Viena, Beethoven, persona con una vida difícil por su soledad y su sordera, también podríamos citar a Schumann, a Chopin, a Schubert y muchos otros. ¿Pues qué tenía Bach para ser diferente a ellos? En primer lugar tenía un ambiente familiar envidiable que era suficiente para disfrutar en aquella casa. Fue muy feliz con su primera esposa, Bárbara Bach, con la que tuvo siete hijos, y también en su segundo matrimonio, con Ana Magdalena, con quien tuvo trece hijos, y sobrevivieron cinco. La vida de Bach estuvo centrada en su profesión sin necesitar hacer alardes extraños para sobrevivir. Su dedicación a la vida familiar fue lo primero y a ello sometió su vida profesional, pues sus empleos, ya fuera en Weimar, en Köthen o en Leipzig fueron escogidos para el bien de toda la familia y de los hijos.

Pero sobre todo ello había una cosa que lo presidía todo. Era un hombre profundísimamente religioso. Alabar al Creador con su música era lo que daba sentido a su trabajo. Y parece que Dios le recompensó. No siguió modas, hizo su música, la que consideró mejor para glorificar al Altísimo. Era perfectamente consciente de que la música que estaba componiendo no estaba ya de moda. Nuevos estilos y tendencias eran las que triunfaban. Esto fue algo que le comentaron mucho, pero permaneció fiel a la obra que debía componer. Sin embargo un siglo más tarde se vio que muchas de las cosas que había creado eran aceptadas por la mayor parte de los músicos.

Como compositor no fue famoso ni en vida, ni después de morir. Cuarenta años después seguía siendo un perfecto desconocido. Tuvo que transcurrir más de medio siglo, en el que se podían haber perdido todas sus partituras, para que, por pura casualidad, Mendelssohn lo escuchara. Desde entonces, este autor se impuso la sagrada tarea de que el mundo conociera la música de aquel hombre religioso

que trabajó para una iglesia de Leipzig y dando clases.

Gran cantidad de personas no creyentes se han acercado a Dios oyendo su música. Johann W. Goethe decía: «Al oír la música de Bach tengo la sensación de que la eterna armonía habla consigo misma, como debe haber sucedido en el seno de Dios poco antes de la creación del mundo». Friedrich Nietzsche le dijo a un amigo: «Esa semana he ido a escuchar tres veces la Pasión según san Mateo del divino Bach. Una persona que ha olvidado, como yo, completamente el cristianismo no puede evitar oírla como si se tratase de uno de los evangelios». Jonathan Miller, director de teatro y ópera: «Hay muchas partes que me sorprenden, pero una en concreto siempre me emociona y siempre me preparo para ella, intento resistirla... o al menos me cubro la cara para que nadie vea que estoy llorando, se trata del aria *Erbarme dich, mein Gott*. Desconozco el porqué de mi reacción. Sólo pensar en esta aria se me llenan los ojos de lágrimas».

La obra integral de Bach es sencillamente increíble, una vida insuficiente para escribirla y toda para mayor gloria de Dios.

La Pasión según san Mateo constituye, sin duda, la cumbre del arte musical barroco y de la música. Para Igor Stravinski, la personalidad artística del maestro de Eisenach le pareció un milagro, algo sobrenatural e inexplicable: «Nunca jamás se ha unido de manera tan exquisita la perfección musical con la emoción y el sentimiento más profundo, que en *La Pasión según san Mateo*». Aunque la persona no sea religiosa, la espiritualidad que desborda cada frase, cada salmo, cada intervención del evangelista, cada himno, cada aria, esa emotividad que impregna toda la obra, desde su famoso principio hasta su esplendoroso final, golpea el alma de los oyentes. No se puede expresar con palabras.

Pero para comprender su música los oyentes se ven gustosamente impelidos a tratar de conocer aquello de lo que se les está hablando. ¿Qué es la Pasión? ¿Quién es Cristo? ¿Qué es la Redención?, tres preguntas entre cientos que surgen a cualquiera que penetre en sus maravillosos acordes.

Dios premia a sus servidores. Otros artistas trabajaron para reyes o nobles u otros mecenas. Él fue fiel al que le encargó su obra. Y para Él compuso la mejor y más profunda música de la historia.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Beatificados nueve seminaristas mártires en Oviedo

EL pasado 9 de marzo de 2019 tuvo lugar en la catedral de Oviedo la beatificación del Siervo de Dios Ángel Cuartas Cristóbal y ocho compañeros, jóvenes seminaristas asesinados en odio a la fe entre 1934 y 1937.

La ceremonia, presidida por el cardenal Angelo Becciu, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, y concelebrada por números obispos y casi la mitad del clero asturiano, dio comienzo con la entrada en procesión, al son del himno de los mártires y acompañadas por un grupo de seminaristas con ramas de laurel y lámparas, de las reliquias de los nuevos beatos, introducidas en la Caja de las Ágatas, joya de orfebrería prerrománica donada a la Iglesia en el año 910 por Alfonso III.

Esta trigésima beatificación de mártires de la persecución religiosa en España durante los años 1934 a 1939 –como señala *Hispania Martyr*– ofrece ciertas singularidades. En primer lugar, pone de manifiesto lo impropio de calificar a los mártires españoles como «mártires de la Guerra civil». «Los seminaristas mártires de Oviedo –afirmaba su paisano monseñor Juan Antonio Martínez Camino– forman parte de ese inmenso y blanco ejército de los mártires que ofrecieron sus vidas a Dios en el siglo xx. Seis de ellos fueron martirizados antes de la guerra. Y los tres asesinados durante ésta no murieron combatiendo en ningún frente, ni estaban alineados en ningún bando. Se les dio muerte por ser seminaristas. “*Son curas y basta*” fue la gran razón que oyó el seminarista superviviente a quienes les disparaban a quemarropa».

Por otro lado, también se da la circunstancia excepcional de que todos los beatificados eran aún seminaristas, con edades entre los 18 y 25 años, hecho que desmiente la extendida falacia de que durante la sublevación de 1934 se asesinaba al clero por su asidua connivencia con el poder político conservador, y tras el alzamiento de 1936 por su cooperación al golpe militar.

Estos jóvenes seminaristas, que no habían participado en ningún acto político, «fueron víctimas de (una) violencia feroz marcada por una acentuada hostilidad anticatólica, que tenía como objetivo la eliminación de la Iglesia, y en particular del clero. (...) Fue suficiente identificarlos como seminaristas para descargar sobre ellos su crueldad criminal, impulsados

por el odio visceral contra la Iglesia y el cristianismo alguno. (...) Entusiastas, cordiales y devotos –continuó el cardenal Beciu durante su homilía–, se dedicaron por completo al estilo de vida del Seminario, hecho de oración, de estudio, del compartir fraterno, de compromiso apostólico. Siempre se mostraron decididos a seguir la llamada de Jesús, a pesar del clima de intolerancia religiosa, siendo conscientes de las insidias y de los peligros a los que se enfrentarían. Supieron perseverar con particular fortaleza hasta el último instante de sus vidas, sin negar su identidad de clérigos en formación. La afirmación de la condición de ser clérigos equivalía a una sentencia de muerte, que podía ejecutarse inmediatamente o ser retrasada, si bien no había ninguna duda sobre el destino que esperaba a los seminaristas una vez que habían sido identificados. Por lo tanto, cada uno de ellos, conscientemente, ofreció su vida por Cristo en las circunstancias trágicas ocurridas durante la persecución religiosa de los años treinta del siglo pasado».

También el pretexto de que los mártires fueron asesinados a causa del clima de enfrentamiento social imperante en aquella época y por su connivencia con el poder político y económico contrarrevolucionario queda desmentido por el hecho de que ninguno de estos seminaristas provenía de la burguesía acomodada, sino que «venían de las cuencas mineras; eran hijos de mineros, de agricultores, de marineros, y durante el verano tenían que ganarse el pan y trabajar para pagarse los estudios, lo que a duras penas conseguían. No eran lumbreras en inteligencia –señala el comboniano padre Fidel González, Relator de la Causa–, pero tenían un sentido de pertenencia eclesial y de fe tan sumamente arraigada que, a pesar de que habían recibido consejos de que no volviesen al Seminario, a veces incluso por parte de los mismos párrocos, sin embargo ellos, perfectamente conscientes del peligro que corrían, tras el verano, decidieron volver aquel curso al Seminario, sabiendo a lo que se exponían».

El Papa vuelve a llamar la atención sobre la acción del diablo

EL papa Francisco menciona a menudo la acción del diablo como clave para comprender lo que está sucediendo hoy en el mundo. Así lo hizo, por ejemplo, el pasado 20 de febrero en el encuentro que tuvo con los fieles de la diócesis italiana

de Benevento, tierra natal del padre Pío, al hilo del gran amor a la Iglesia que tuvo este santo.

«Amó a la Iglesia, con tantos problemas que tiene la Iglesia, con tantas adversidades, con tantos pecadores. Porque la Iglesia es santa, es esposa de Cristo, pero nosotros, los hijos de la Iglesia, somos todos pecadores —¡y algunos grandes! —, pero él amaba a la Iglesia tal y como era, no la destruyó con la lengua, como está de moda hacerlo ahora. ¡No! El ama. El que ama a la Iglesia sabe perdonar, porque sabe que él mismo es un pecador y necesita el perdón de Dios. Sabe cómo arreglar las cosas, porque el Señor quiere arreglar bien las cosas pero siempre con el perdón: no podemos vivir una vida entera acusando, acusando, acusando a la Iglesia. ¿El oficio de acusador de quién es? ¿Quién es el que la Biblia llama *el gran acusador*? ¡El diablo! Y aquellos que se pasan la vida acusando, acusando, acusando, son, no diré hijos, porque el diablo no tiene ninguno, sino amigos, primos y familiares del diablo. Y no, esto no va, debemos señalar los defectos que corregir, pero en el momento en que se señalan los defectos, se denuncian los defectos, se ama a la Iglesia. Sin amor, eso es del diablo».

Pocos días después, el 3 de marzo, en su visita pastoral a la parroquia romana de san Crispín de Viterbo, el papa Francisco se refería al carácter malvado y mentiroso del demonio en su encuentro con los niños y jóvenes de dicha parroquia. Al ser preguntado sobre cómo defenderse en la lucha diaria con el mundo, que piensa de manera completamente diferente a Dios, respondió el Papa:

—Cuando hablo del *espíritu del mundo*, ¿quién es el amo del espíritu pagano, alejado de Dios, qué se llama el espíritu del mundo? ¿Quién es el jefe de allí? ¿Lo sabéis? ¿Quién es el jefe de la maldad?

—¡El diablo!

—¡El diablo! Pero el diablo es una fantasía, no existe, ¿no?

—¡Sí!

—Pero ¿estáis seguros?

—Sí... no...

—¿No es un cuento de viejas?

—No... sí...

—Ah, ¿dudáis de ello? (...) ¡No dejéis mal a las catequistas! ¿Existe el diablo o no existe?

—¡Sí!

—Ya. Existe, sí, es verdad, y es nuestro mayor enemigo. (...) Es el que pone malos deseos en nuestros corazones, malos pensamientos y nos lleva a hacer cosas malas (...) Al diablo, ¿le gusta la paz?

—¡No! ¡La odia!

—¡No! Porque vive haciéndonos la guerra. Dime...

—¡El diablo es malo!

—*Es malo*, el diablo, es así. El diablo, ¿puede ser nuestro amigo?

—¡No!

—¿Por qué? ¿Qué hará si le digo: “Ven, que quiero ser tu amigo”, ¿qué nos hará?

—Daño.

—Daño. Nos llevará por el camino del mal, también a nosotros para hacer el mal. Retomo la primera pregunta: ¿Cómo podemos comportarnos para defendernos de estos bastonazos que nos da el diablo, que *es el amo del mundo*? ¿Cómo podemos? En primer lugar, con la oración. ¿Vosotros rezáis?

—Sí!

—La oración ¿Quién nos defiende del diablo es?...

—Jesús.

—Eso es. Jesús es el Señor, manda. ¿Y qué hacía Jesús, cuando estaba en la tierra, con el diablo? “Vete”, le decía. Y el otro, que es un cobarde, se iba. Lo ahuyentaba. ¿Tiene Jesús poder sobre el diablo?

—¡Sí!

—Sí, tiene poder. Por lo tanto, rezar a Jesús para que aleje de nosotros al diablo, para que no le deje que se acerque. ¿Sabéis cuál es la mayor cualidad del diablo? Porque tiene cualidades: ¡es muy inteligente, más inteligente que los teólogos! (...) Pero la cualidad, la forma de ser más grande que tiene el diablo, ¿quién me lo dice?

—Ser malo

—Ser malo. La maldad es una. Pero hay otra que usa con nosotros. ¿Cómo consigue meterse en nuestra vida? ¿Qué camino usa?... No oigo... Lo diré yo: El diablo es un *mentiroso*. Es un mentiroso. Porque te dice: mira lo bonito que es esto... Y hace lo mismo que hace la serpiente con el pajarito: lo mira, lo adormece y luego se lo come. (...) En el Evangelio se le llama el *padre de la mentira*. Dios es el Padre de la bondad. Este no puede ser el padre de la bondad, porque es malo, como dijiste: ¡es malo, malo! Pero para hacerse pasar por bueno, dice mentiras. ¿Lo habéis entendido?

—Sí.

También el 7 de marzo, en su reunión anual con el clero de Roma en la basílica de san Juan de Letrán al comienzo de la Cuaresma y reflexionando sobre la gracia que supone este tiempo litúrgico y la maldad del pecado, que nos desfigura, el Santo Padre quiso «compartir el dolor y la pena insoportables que causa en nosotros y en todo el cuerpo eclesial la ola de escándalos de los que están llenos los periódicos de todo el mundo. Es evidente que *el verdadero significado de lo que está sucediendo hay que buscarlo en el espíritu del mal, en el Enemigo*, que actúa con la pretensión de ser el amo del mundo. Sin embargo, ¡no os desaniméis! El Señor está purificando a su Esposa y nos está convirtiendo a todos a sí mismo. Nos está haciendo experimentar la prueba para que entendamos que sin Él somos polvo. Nos está salvando de la hipocresía, de la espiritualidad de las apariencias. Está soplando su Espíritu para devolver la belleza a su Esposa, sorprendida en flagrante adulterio».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Aborto hasta el momento de nacer: la despiadada lógica de los demócratas de nueva york

EL pasado martes 22 de enero se cumplía el 46 aniversario de la sentencia *Roe v Wade* que abrió las puertas al aborto en los Estados Unidos. **Para celebrar aquella sentencia que ha provocado la muerte de millones de niños, el parlamento del Estado de Nueva York ha aprobado una ley que permite abortar prácticamente hasta el noveno mes de embarazo, impulsada por el Partido Demócrata y el gobernador «católico» Andrew Cuomo.** Tras la votación final, en medio de las risas y abrazos de los demócratas, uno de los miembros del parlamento gritó «¡Qué Dios omnipotente se apiade de este Estado!».

La Ley de salud reproductiva (*Reproductive Health Act, RHA*) aprobada por los demócratas ha sido uno de los caballos de batalla del gobernador Cuomo y de su protectora, Hillary Clinton, que de este modo consiguen, después de casi 13 años de intentos fallidos, liberalizar la ya muy liberal legislación en materia de aborto del Estado de Nueva York (la eliminación del bebé ya estaba permitida hasta la semana 24), donde se introdujo el aborto en 1970, tres años antes de la sentencia *Roe v Wade*.

La RHA comienza definiendo la «salud reproductiva omnicompreensiva» (una expresión que para los autores de la ley incluye la anticoncepción y el aborto) como «elemento fundamental» para la «salud, la privacidad y la igualdad» de todo individuo. Después de afirmar el «derecho» a la esterilización, el texto del RHA continúa avalando la indiferencia moral entre dos supuestas opciones opuestas: "Todo individuo [el texto usa el término «individual» en vez de «mujer», en terminología de género adaptada a las pretensiones transexualistas] embarazado tiene el derecho fundamental de elegir si llevar a término su embarazo o abortar». La nueva ley establece así que un bien objetivo, dar la vida, es equivalente para el Estado de Nueva York a su completo opuesto: un mal objetivo y radical, como es matar a un inocente.

Continúa la nueva ley afirmando que el Estado no puede «negar o interferir el ejercicio de los derechos» mencionados anteriormente, en lo que algunas asociaciones pro-vida han interpretado como una amenaza a la libertad de expresar su oposición

al aborto y a la objeción de conciencia de médicos y enfermeras en base a que constituirían un obstáculo a los «derechos» de la mujer que desea abortar. Además, la nueva ley establece que el aborto puede ser practicado por cualquier proveedor de atención médica poseedor de licencia, sin necesidad de la presencia de un médico. Cualquier operador sanitario queda pues autorizado a practicar un aborto incluso después de las 24 semanas de embarazo si considera (¡de buena fe!, precisa la ley) que el bebé no ha alcanzado la capacidad de vivir independientemente fuera del útero o en el caso de peligro para la «vida o salud» de la madre, con lo que, de hecho, se abre la puerta a abortar hasta unos momentos antes del parto.

Una consecuencia directa de esta ley es la modificación de un gran número de reglas de derecho y de procedimiento penal, que llevarán a la redefinición del asesinato y del término «persona». En este sentido, el RHA afirma que «asesinato significa una conducta que causa la muerte de una persona», pero en esta última palabra no se incluye al niño por nacer, el *nasciturus*, ni siquiera a partir de las 24 semanas de gestación. Tremendo pero lógico: una vez se niega la verdad biológica de que la vida es un continuo desde el momento de la concepción y, en consecuencia, se niega la infinita dignidad del concebido, es imposible mantener los frágiles límites adoptados arbitrariamente (si se puede abortar hasta las doce semanas, no se entiende por qué no se podría a las doce semanas y un día, y así en adelante) y se cae lógicamente en la aberración de afirmar el «derecho» a abortar siempre y en cualquier caso.

La onu, incansable en su lucha a favor de la cultura de la muerte

AL acabar el año es frecuente realizar balances de lo ocurrido, destacando los hitos más destacados. Esta práctica tiene el inconveniente de pasar por alto sucesos menos espectaculares pero, a menudo, decisivos. Es por ello de sumo interés el trabajo que ha realizado la organización C-Fam, revisando lo que sucede en la ONU cuando uno de sus Estados miembro ratifica un tratado multilateral sobre derechos humanos y acepta someterse a revisiones periódicas por parte de un comité de

expertos que elaboran una serie de observaciones para la mejor aplicación del tratado.

El panorama que aparece está muy alejado de los discursos habituales ponderando la bondad de Naciones Unidas y su benéfica influencia en aras de un mundo más justo. La realidad es que en 2018 los comités de la ONU presionaron de forma constante a varios estados miembros para que promovieran el aborto y las reivindicaciones homosexualistas, especialmente el matrimonio entre personas del mismo sexo, algo que en principio no aparecía en los tratados firmados.

En el caso de la «Convención para la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres» (CEDAW), el 88% de las observaciones finales del comité que vela por su aplicación exigen medidas liberalizadoras del aborto. De hecho, el pasado mes de septiembre dicho comité emitió una declaración conjunta con el «Comité para los derechos de los minusválidos» en el que se pide explícitamente el «acceso al aborto seguro y legal», que es definido como «un prerrequisito para salvaguardar los derechos humanos de las mujeres», afirmación realmente chocante y contraria a toda lógica y sentido (especialmente si se considera que más de la mitad de los abortos son de mujeres).

En materia de ideología de género, el 93% de las observaciones del comité que vigila la aplicación del Pacto internacional sobre derechos civiles y políticos las incluyen.

Además la «Convención sobre los derechos de la infancia», ratificada por todos los estados miembros de la ONU con la notable excepción de los Estados Unidos, ha sido el pretexto utilizado para que el comité que vela por el respeto al mismo dicte observaciones favorables al aborto en el 65% de los casos y a las pretensiones homosexualistas en el 53%.

De este modo, a través de tratados aparentemente inocuos e incluso benéficos, la realidad es que Naciones Unidas trabaja de modo constante e infatigable en la imposición de la cultura de la muerte en todo el mundo.

Desde Brasil se constata que el equilibrio mundial es cada vez más frágil

Los profetas del fin de la historia han cosechado un rotundo fracaso. El plácido nuevo orden mundial no puede disimular el desorden, el desequilibrio endémico, la fragilidad en que vive el mundo. Desde la irrupción del islamismo hasta el auge de la despótica China, el mundo vive en un sinfín de inesperadas sacudidas. La irrupción del populismo de derechas, cuyo último episodio ha sido la llegada al poder en Brasil de Bolsonaro, es en nuestros días un nuevo fenómeno político que está mar-

cando la política internacional y que, en palabras del analista francés Philippe Grasset, «añade un fuerte impulso de desorden en una situación de gran desorden».

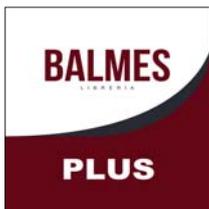
No es fácil predecir el impacto y duración de esta ola populista, pero resulta sugerente reflexionar acerca del proyecto presentado por el nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Bolsonaro, Ernesto Araújo, que aboga por una alianza entre países con gobiernos «nacionalistas»: Brasil, Estados Unidos, Italia, el grupo de Visegrado (Polonia, Hungría, Eslovaquia y la República Checa), Rusia, Japón y la India. Esta alianza se enfrentaría, según Araújo, al eje formado por China, Europa y la izquierda globalista en los Estados Unidos.

Más allá de la plausibilidad, dudosa, de dicho proyecto (¿cómo conjugar, por ejemplo, la postura de Estados Unidos y Brasil respecto de Venezuela con el apoyo de Rusia al régimen de Maduro?), Araújo apunta a algunos aspectos relevantes. La alianza propugnada es poco verosímil, pero constata la emergencia en Europa de un núcleo de países que se alejan decididamente del rumbo tomado por la Unión Europea. Veremos cómo se traduce esto en términos de influencia en el Parlamento europeo que surgirá de las próximas elecciones europeas de mayo de 2019, pero no es aventurado pensar que las tensiones en el seno de la UE no van a dejar de crecer.

Por otro lado, aparece clara una cierta reacción, que asume tonos particulares en cada país, contra una ideología que desprecia cualquier noción tradicional, de arraigo, y no se detiene ante nada para imponer la ideología de género y la cultura de la muerte, una subversión sin precedentes de lo que algunos definen con el neologismo «societal», en referencia a los aspectos antropológicos y culturales del progresismo globalista (ideología de género, liberación sexual, aborto, matrimonio homosexual,...). Parece que las familias y las naciones no están dispuestas a desaparecer para dejar paso a la utopía con tanta facilidad. Y si en Europa esta batalla, quizás la más decisiva de nuestro tiempo, se manifiesta principalmente en la oposición entre Estados (sin descartar que alguno haga defección y cambie de bando), en Estados Unidos la fractura interna es tal que Araújo considera a la primera potencia mundial como si fueran dos agentes diferenciados en la escena internacional: los Estados Unidos gobernados por Trump y lo que denomina «la izquierda globalista en los Estados Unidos».

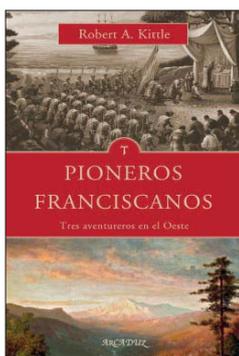
Lo más probable es que el plan de Araújo y Bolsonaro quede en nada, pero es indudable que verbaliza uno de los rasgos políticos de nuestro tiempo: son cada vez más quienes no aceptan la fatalidad de lo que algunos han definido como Sistema TINA (por las siglas de «There Is No Alternative», no hay alternativa).

- Servicio inmediato de venta on line.
- Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas.
- Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades.
- Servicio de suscripción a nuestra revista.
- Acceso a la hemeroteca de **CRISTIANDAD**.
- ¡Síguenos en Facebook y a través de nuestro canal de youtube!
- ¡Consulta nuestro blog!
- Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año! Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.

CRISTIANDAD les recomienda este mes:



Pioneros franciscanos. Tres aventureros del Oeste
Autor: Kittle, Robert A.
Editorial: Arcaduz
418 páginas
Precio: 19,90 €

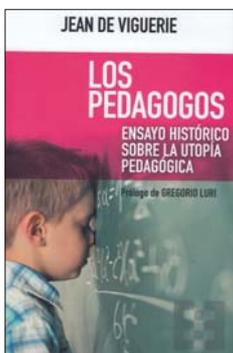
Piadosos y eruditos, los frailes franciscanos Pedro Font, Juan Crespí y Francisco Garcés pueden parecer a primera vista héroes inesperados. Comenzando en España, sus aventuras abarcaron las remotas tierras altas de Sierra Gorda en México, los desiertos del Suroeste de Estados Unidos y la costa de California.

El viaje de cada uno de estos hombres jugó un papel importante en la conquista española de la costa del Pacífico en el siglo XVIII, pero hoy en día sus nombres y hechos son poco conocidos.



¡Es el Señor!
Autor: Sada, Ricardo
Editorial: Palabra
256 páginas
Precio: 13,90 €

Muchos de los contemporáneos de Jesús, a pesar de mantener con Él una convivencia estrecha, no lo reconocían. Es un fantasma... Un simple condenado a muerte... Un alborotador peligroso... un forastero... el hortelano. Pero uno de los suyos, de corazón encendido, lo reconoció en la lejanía: ¡Es el Señor! Ante el ocultamiento eucarístico, reafirmemos nosotros idéntica convicción: ¡Es el Señor! Cuánto nos puede ayudar la lectura de este libro para acompañar al Señor junto al sagrario.



Los pedagogos
Autor: De Viguerie, Jean
Editorial: Encuentro
140 páginas
Precio: 16,50 €

Con este breve ensayo el historiador francés Jean de Viguerie quiere iluminar a padres y profesores sobre los orígenes del actual declive del sistema educativo. Los principales responsables del mismo serían los pedagogos utópicos. Las innumerables reformas educativas que han tenido lugar en el último medio siglo constituyen sólo su causa más inmediata, pero no su raíz profunda. Lo que han hecho algunos de los más conocidos pedagogos contemporáneos, ha sido simplemente desarrollar los sistemas utópicos de pensadores como Erasmo, Comenius o Jean-Jacques Rousseau.



El fin de una época
Autor: G.K. Chesterton
Editorial: Encuentro
344 páginas
Precio: 24,00 €

Su colaboración periodística más longeva —de 1905 hasta su muerte en 1936— fue en el semanario gráfico *Illustrated London News*. En sus artículos, que eran verdaderos ensayos, habló de sus contemporáneos con una visión que hoy sigue resultando fresca y reveladora.

Este volumen, realizado en colaboración con el *Club Chesterton* de la Universidad San Pablo CEU, es el primero de una serie que pondrá a disposición de los lectores, en estos tiempos de desconcierto y asfixia, el vigor y la cordura chestertonianos, que resuenan hoy como un grito del sentido común, tan silenciado por un ambiente cultural que hace dudar de las realidades más cotidianas.

CONTRAPORTADA

San José, patrono del Concilio Vaticano II



Adoración de los pastores de Fray Juan Bautista Maíno (1612-1614)
Madrid. Museo del Prado

¡Oh san José! Aquí está tu puesto como «Protector universalis Ecclesiae». Hemos querido ofrecerte a través de las palabras y documentos de nuestros inmediatos predecesores del siglo pasado, de Pío IX a Pío XII, una corona de honor como eco de las muestras de afectuosa veneración que ya surgen de todas las naciones católicas y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector. Que tu espíritu interior de paz, de silencio, de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre en unión con tu Esposa bendita, nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el solidísimo y suave amor de Jesús, rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos. ¡Así sea!

Juan XXIII, palabras finales de la carta apostólica «*Le Voci*»
en que proclama a san José patrono del Concilio Vaticano II, 19 de marzo de 1961